



La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga; una apuesta por el acceso libre al conocimiento y la cultura, que consideramos imprescindible en una sociedad en la que las desigualdades sociales también se traducen en desigualdad a la hora de acceder a los contenidos culturales. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, suelen tener importantes límites económicos, que en ocasiones afectan a su sostenibilidad o impiden asumir proyectos más costosos o arriesgados. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto:

- a) [Puedes hacerte soci@ de Virus](#) ingresando un mínimo de 50 € a modo de cuota anual, recibiendo una novedad de tu elección y obteniendo descuentos en tus compras en nuestra web.
- b) [Puedes suscribirte a Virus](#) durante un año, aportando 200 €, recibiendo todos los libros de Virus durante 12 meses, dos libros de fondo y descuentos en tus compras en nuestra web.
- c) [También puedes hacer una donación](#) de cualquier cantidad a través de Paypal.



**ECOLOGÍA
O CATÁSTROFE**
LA VIDA DE MURRAY BOOKCHIN

Janet Biehl

Traducción de Paula Martín Ponz



© 2017 de esta edición, Virus editorial
© 2017 del texto, Janet Biehl y Oxford University Press

Título original: *Ecology or catastrophe. The life of Murray Bookchin*

Diseño de colección: Silvio García-Aguirre y Pilar Sánchez Molina

Diseño de cubierta: Silvio García-Aguirre

Edición y maquetación: Virus Editorial

Traducción del inglés: Paula Martín Ponz

Corrección de estilo y ortotipográfica: Paula Monteiro

Primera edición en castellano: marzo de 2017

ISBN: 978-84-92559-77-0

Depósito legal: B-1572-2017



Virus Editorial i Distribuïdora, SCCL
C/ Junta de Comerç, 18 baixos
08001 Barcelona
Tel. / fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	7
PRÓLOGO	11
Juventud bolchevique	19
Organizador sindical	69
Pensar y repensar	115
Ecodescentralizador	147
Ecoanarquista	173
Veterano de la contracultura	219
Hombre del momento	273
Ecologista social	323
Activista antinuclear	365
Municipalista	417
Político verde	475
Demócrata asambleario	517
Historiador	573
EPÍLOGO	629
ÍNDICE ONOMÁSTICO	635
ÍNDICE TEMÁTICO	647

Agradecimientos

Conocí a Murray en una etapa tardía de su vida, en 1987, y mientras realizaba la investigación para este libro, tuve la suerte de conocer a muchos de aquellos que le habían conocido antes que yo, y recibí su generosidad al compartir conmigo su tiempo y sus pensamientos. No podría haber escrito este libro sin las extensas entrevistas a Dan Chodorkoff, Barry Costa-Pierce, Bob D'Attilio, el difunto Dave Eisen, Joy Gardner, David Goodway, Jack Grossman, Wayne Hayes, Howie Hawkins, Joseph Kiefer, Ben Morea, Jim Morley, Calley O'Neill, Charles Radcliffe, Dimitri Roussopoulos, Karl-Ludwig Schibel y Brian Tokar. En algunos casos, compartieron conmigo sus documentos, libros y grabaciones, además de sus impresiones y memorias. Les estoy profundamente agradecida a todos ellos. Mis más sinceras gracias también al resto de la gente que me habló de Murray y que algunas veces compartieron su documentación: Flavia Alaya, Steve Baer, Harriet Barlow, el difunto Peter Berg, David Block, Reni Bob, Horst Brand, Stewart Brand, Frank Bryan, Caitlin Casey, Juan Diego Pérez Cebada, Stuart Christie, Linda Cohen, Jutta Ditfurth, David Dobereiner, Crescent Dragonwagon, Mike Edelstein, Fanis Efthymiadis, Bob Erler, Paolo Finzi, Gil Friend, Carlos *Chino* García, Vincent Gerber, Rafa Grinfeld, Richard Grossman, Susan Harding, Anne Harper, Wolfgang Haug, James Herod, Annette Jacobson, Robert Kadar, Jerry Kaplan, Stavros

Karageorgakis, Ken Knabb, Bill Koehnlein, Makis Korakianitis, Lucia Kowaluk, Burton Lasky, Ursula K. Le Guin, Sveinung Legard, John Lepper, Mat Little, Arthur Lothstein, Sam Love, Svante Malmström, Vivien Marx, Lisa Max, Lester Mazor, John McHale, Paul McIsaac, John McMillian, Richard Merrill, Stephanie Mills, Roy Morison, Brian Morris, David Morris, Pat Murtagh, Osha (anteriormente Tom) Neumann, Roz Payne, Ivar Petterson, Paul Prensky, Peter Prontzos, Michalis Protopsaltis, Michael Riordan, Mark Roseland, Meg Seaker, Rick Sharp, Josh Shortlidge, Chuck Stead, Suzanne Stritzler, James Swan, Jane Thiebaud y Bruce Wilson.

A principios del 2000, Bookchin donó sus archivos a la Tamiment Library de la New York University. Antes de que lo hiciera, yo fotocopié gran parte de ellos; esta es la razón de las alusiones al «MBPTL y colección de la autora» en mis notas sobre la investigación. Los originales se encuentran en la Tamiment; estoy sumamente agradecida a Peter Filardo y Erika Gottfried por la ayuda prestada para poder acceder a estos materiales. Al acabar de escribir este manuscrito, envié mi propio archivo personal al International Institute for Social History en Ámsterdam (IISH), para que pueda servir de ayuda a los estudiosos en Europa. Le agradezco a Huub Sanders del IISH que hiciera las gestiones necesarias para el depósito de los documentos. También estoy profundamente agradecida al Anarchist Archives Project en Cambridge, Massachusetts; al archivo del Institute for Social Ecology en Marshfield, Vermont; la Fletcher Free Library en Burlington, Vermont; la Bailey-Howe Library's Special Collections, de la University of Vermont en Burlington; al Goddard College Archives, en Plainfield; la Vermont Historical Society, en Montpelier; los Vermont State Archives and Records Administration, en Waterbury; Milne Special Collections de la University of New Hampshire, en Durham y al Centro Studi Libertari en Milán, Italia. Por su hospitalidad durante mis viajes para la investigación, vaya todo mi agradecimiento a Inara de Leon y Todd Norbitz, Tim y Berle Driscoll,

Dave y Shirley Eisen, David Goodway y Che Mah, y Stephen Kurman. Inara de Leon, Laura Ramírez y Andy Price me dieron el valor necesario para empezar. Las sugerencias de K. K. Wilder y Ted Tedford respecto a las entrevistas demostraron ser útiles, y el relato se benefició enormemente de las conversaciones con Paula Harrington y Eve Thorsen. La lectura y los comentarios del manuscrito por parte de Judith Jones, jubilada ya tras sus largas décadas de carrera como editora para Knopf, fueron muy útiles como también lo fueron los de Stavros Karageorgakis y Karl-Ludwig Schibel. Cualquier error en el libro es únicamente responsabilidad mía. Por su apoyo emocional durante mi tarea, estoy en deuda con Bronwyn Dunne, Eirik Eiglad y Eve Thorsen: queridos amigos, fuisteis indispensables para este proyecto.

Gracias también a Sezgin Ata, Emet Degermenci, Metin Guven, Marcus Melder, Peter Munsterman, Michael Speidel y Thodoris Velissaris por su apoyo; a Mary Biehl y Bea Larsen por animarme a continuar; y a Lynn Brelsford por ayudarme a mantener mi fortaleza de espíritu durante la recta final. Sinceras gracias también a los doctores Claudia Berger, Zail Berry y Matthew Watkins, así como a la Visiting Nurse Association de Chittenden County, por el maravilloso cuidado paliativo que proporcionaron a Murray durante el final de sus días. Vaya un especial agradecimiento al abogado William E. Drislane.

Y, por su persistencia en encontrarle un excelente hogar a mi libro, un cálido agradecimiento a mi agente, Anne G. Devlin. Es un enorme privilegio ser publicada por Oxford University Press. Mi editor, Jeremy Lewis, estuvo a mi lado para lo bueno y para lo malo a lo largo de todo el proceso, por lo que le estoy inmensamente agradecida.

Y, por encima de todo, le estoy agradecida a Murray, por todo lo que me dio y por el inesperado giro de la fortuna, de hecho una increíble y bondadosa fortuna, que hizo que nuestras vidas se juntaran.

Prólogo

El orador principal, considerado una figura destacada del movimiento ecologista, aguardaba a un lado del escenario. Ese día de 1986 esperaba ver a un jipi envejecido. Y sí, estaba envejeciendo, llevaba un bigote gris desgredado y aquella figura de sesenta y pocos años denotaba cierto cansancio. Pero hubiese sido difícil encontrar en su ropa algo que recordase al estilo jipi: era de color verde oscuro industrial, como un uniforme de poliéster, y el bolsillo de la camisa estaba lleno de portaminas que sobresalían haciendo que se torcieran sus tirantes y abultando su chaleco de lana de pata de gallo. «Era comunista cuando era niño, ¿sabes?», remarca una mujer sentada a mi lado. Me quedo escuchando disimuladamente: «Sí, pero lleva escribiendo sobre ecología desde antes de que yo naciera», dice su amiga. Cuando el público se ha sentado, el estudiante que organizaba el acto sube al escenario. El orador de esta noche, explica, lleva escribiendo sobre temas ambientales desde la década de 1950. Su libro *Our Synthetic Environment* despertó la alarma sobre los pesticidas y la agricultura industrial, el agotamiento del suelo, la contaminación del aire y del agua, la deforestación y la energía nuclear; y fue publicado en la primavera de 1962, unos meses antes del libro de Rachel Carson *Primavera silenciosa*. En su posterior publicación, *Crisis in Our Cities*, nos advertía sobre el

calentamiento global y afirmaba que, para evitar la catástrofe ecológica, deberíamos destetarnos de los combustibles fósiles y aprender a utilizar las energías renovables, así como consumir alimentos locales y cultivar orgánicamente.

Fue el fundador de la ecología radical, no del ambientalismo, y obviamente no del conservacionismo, sino de la ecología como una cuestión radical social y política.

El estudiante organizador le anuncia: «¡Demos, por favor, la bienvenida a... Murray Bookchin!».

Camina con lentitud artrítica hasta el atril. Agarrándolo por los lados, examina a la audiencia con una mirada ardiente y profunda.

«Amigos míos», comienza con un pronunciado acento neoyorquino,

*el poder destructor del capitalismo es algo sin precedentes en la historia de la humanidad. Se dirige directamente contra el medioambiente, amenazando el aire y el agua, la flora y la fauna, los ciclos naturales de los cuales depende toda la vida. Está destruyendo la diversidad, reduciendo el mundo natural, transformando bosques en desiertos, la tierra fértil en arena y el agua en aguas residuales. Está forzando su retroceso, destruyendo incontables milenios de evolución biótica.*¹

¹ Lo que puede leerse a partir de aquí es una composición de diferentes discursos que dio durante la década de 1980: el que ofreció dirigido al Waterloo Public Interest Group, en la University of Waterloo, Ontario, en unas jornadas que tuvieron lugar del 14 al 16 de marzo de 1985; «Forms of Freedom», el 23 de marzo de 1985, en The Farm, en San Francisco (las cinco partes pueden consultarse en línea en bit.ly/pRISDj). Véanse también Jeff Mortimer: «No Environmentalist», *Ann Arbor News*, 10 de octubre de 1982; John Gushue: «Environmentalist Probes Organic Future», *The McGill Daily*, 10 de febrero de 1986, p. 5; y Stephen Hall: «An Interview with Murray Bookchin», *The Probe Post*, invierno de 1987, pp. 16-18.

Su arrugado semblante se llena de vida mientras continúa hablando, sus palabras fluyen con la cadencia de un orador callejero. Sus impresionantes cejas se arquean como las del mítico líder sindical John L. Lewis, a quien, como pude saber posteriormente, él admiraba mucho.

No solo está amenazando la integridad de la vida en la tierra, sino que nos está convirtiendo en mercancías. Nos invade con anuncios, haciéndonos pensar que necesitamos cosas que realmente son inútiles. Está reduciendo nuestras relaciones sociales, definiéndonos como compradores y vendedores. Está arrancando nuestros vecindarios y comunidades del ámbito de la economía de subsistencia y arrojándolos al mercado, cuya expansión es infinita.

Escuchándole atentamente puede captarse su cadencia de barítono, percibir vestigios de las canciones populares rusas y de las profecías del Viejo Testamento, de la propaganda de la Vieja Izquierda y del afilado desafío de los Dead End Kids.

O dejamos que la economía de mercado del «crece o muere» destruya el planeta —aseveraba mientras sus manos cortaban el aire en dos— o comenzamos a realizar una reconstrucción de la sociedad de gran calado. Si queremos vivir en armonía con el mundo natural, deberemos cambiar el mundo social [...]. En tiempos pasados, la sociedad era más comunal y su escala era menor, la gente se cuidaba entre sí y cuidaba de uno mismo, y tenían confianza como para defenderse ellos mismos. No estoy diciendo que debiésemos volver atrás en el tiempo. Pero podemos aprender algo del pasado. Sobre interdependencia, cooperación y apoyo mutuo.

Burbujea y silabea como un samovar en el fuego.

Debemos organizar un movimiento que cree una sociedad ecológica, una sociedad que esté descentralizada, que sea democrática, humana. Debemos empezar a revitalizar nuestras comunidades y nuestros vecindarios, creando una nueva política a escala local, devolviéndolos a la vida, reforzándolos.

No se trata solo de un discurso, es toda una *performance* que inspira a sus oyentes a pasar a la acción.

Mis críticos dirán que soy un utópico salvaje. Pero os aseguro que mis sugerencias son inmensamente realistas. Cuanto más intentemos, con base en las denominadas consideraciones pragmáticas, cambiar la sociedad a pequeños pasos, más perdemos la visión de la imagen general. La solución realmente pragmática es la que mira a largo plazo, la que va a la raíz de las causas de la crisis ecológica.

Llegados a este punto, la audiencia está agarrada a sus asientos, inclinada hacia adelante, bebiendo sus palabras.

Amigos míos, o bien creamos una ecotopía basada en principios ecológicos, o simplemente desapareceremos como especie. ¡Tenemos que ser realistas y hacer lo imposible, porque de otra forma tendremos lo impensable!

El hombre que conocí en 1986 creía que las ideas podían hacer avanzar la historia; que, si tienes una buena idea político-social, la gente reconocerá su idoneidad y te ayudará a intentar ponerla en marcha.

Esta convicción nacía de su infancia en el movimiento comunista juvenil y le acompañó durante el resto de su recorrido vital a través de la izquierda estadounidense. Esa idea permaneció con él después de que abandonara a Marx y se convirtiera en el pensador anarquista más importante de la segunda mitad del siglo xx. Se mantuvo a su lado mientras se daba cuenta de que la creciente crisis medioambiental tenía profundas implicaciones en la organización social misma. Seguía allí mientras exploraba las tierras entre la utopía y la realidad, y encontraba en ese periplo una visión de una sociedad ecológica y racional. Estuvo con él cuando se convirtió en mentor de la contracultura en la década de 1960. Permanecía allí cuando fundó una escuela en Vermont que enseñaba a sus alumnos a cultivar de forma orgánica, a construir instalaciones solares y eólicas y a crear huertos urbanos. Siguió con él mientras ayudaba a construir el movimiento antinuclear de los setenta y los partidos verdes de los ochenta, y en su llamamiento a la democracia directa, basada en las asambleas vecinales, como las asambleas municipalistas de su estado de adopción.

Era un político genuino y un intelectual independiente, que vivía fuera del espectro habitual de elecciones vitales. Impulsado por el sentimiento de urgencia y la necesidad de extender el mensaje de que la crisis ecológica necesitaba un replanteamiento profundo, subordinó sus objetivos personales a una causa mayor hasta que estos quedaron marginados. Se negó a hundirse en la desesperanza, manteniéndose firme en su creencia de que la lucha por crear una nueva sociedad sacaría a la luz las potencialidades humanas para el comportamiento ético, la visión racional y la cooperación social.

Y, con todo, era alegre y encantador. Por una afortunada coincidencia le conocí en una buena época y me uní a su causa durante los últimos diecinueve años de su vida, mientras colaborábamos, escribíamos y viajábamos juntos. Puede que los comunistas le enseñasen a ser combativo, pero me encontré con un corazón generoso, abierto e inocente. Estuvimos de

acuerdo en que un día yo escribiría su biografía. Le entrevisté formalmente unas cuantas veces, pero lo más habitual era que me relatase historias de su vida, sentados a la mesa de la cocina o durante la madrugada. La línea que separaba la conversación de la entrevista se desvaneció. Las historias que absorbí de él pasaron a ser su segunda naturaleza y ahora forman parte de la arquitectura de este libro.²

Tras su muerte, pobre y a los ochenta y cinco, intenté mantenerle en mi vida durante unos cuantos años más, escribiendo su biografía; oculté su ausencia investigando sobre su vida, para rellenar los huecos entre esas historias; entrevisté a la gente que le había conocido y estudié los movimientos en los que había trabajado. Cuando la memoria de la gente se veía contradicha por algún documento, escogí fiarme de lo escrito. De la misma manera, en lugar de confiar completamente en mi memoria sobre sus historias, siempre que ha sido posible he citado una fuente escrita, publicada o no.

Por último, pude reconstruir su trayectoria moviéndome en el tiempo y, al hacerlo, descubrí su lógica e integridad. No me arrogaré haber escrito una biografía completa; se trata más bien de una biografía política de un absoluto *zoon politikon* («animal político»), un hombre formado por los actores políticos que conoció, los grupos a los que perteneció, los movimientos más amplios a los que se adhirió y los tiempos políticos en que vivió.

Durante décadas, el mismo Murray influyó en mucha gente, pero trazar esa influencia, identificar siquiera una fracción de aquellos que sintieron sus vidas cambiadas por él, estaría más allá del alcance y objetivo de esta biografía. En vez de ello, me he centrado en aquellos que le influenciaron a él: los que alteraron de una forma u otra su forma de pensar o

con los que realizó un esfuerzo conjunto para poner en práctica sus ideas teóricas. Aunque era un enérgico orador público, prefería trabajar más íntimamente en grupos pequeños, con compañeros dedicados y formados; por encima de todo, necesitaba que fuesen escritores capaces y deseosos de entrar en la esfera pública con él, como mínimo en los diferentes periódicos que crearon sus diferentes grupos políticos. Las figuras secundarias que describo son aquellas cuyo trabajo con él es evidente en su rastro documental.³

Es fácil despacharlo como un utópico, pero explicó de manera convincente por qué la utopía se ha convertido en algo necesario para el mantenimiento de la vida en la Tierra. La crisis derivada del cambio climático a la que nos enfrentamos actualmente no tiene precedentes, y el marco de trabajo diseñado por él puede que acabe demostrándose como el que necesitamos no solo para sostener la vida sino también para hacer progresar la vida en la Tierra.

² Para una bibliografía de los trabajos publicados por Bookchin, véase la que compilé en su setenta cumpleaños, en 1991, en línea en bit.ly/11w0GBf.

³ Tras la muerte de Murray en 2006, me distancié de su primera mujer, Beatrice (estuvieron casados entre 1951 y 1963), y de sus dos hijos. Es por ello que estos miembros de su familia aparecen solo mínimamente en estas páginas. Es de desear que, algún día, ellos escriban sobre la vida de Murray desde su punto de vista.

alternativo, en todos los ámbitos, al actual Estado». ⁹³ Murray alabó el documento como el «programa más radical de todos». ⁹⁴

Cuando el congreso se reunió, los pragmatistas intentaron mantener el control de la ejecutiva del partido, pero la izquierda peleó duramente y se mantuvo al timón. Finalmente, el congreso adoptó el programa radical-socialista de Rousso-poulos. Durante los dos años siguientes, la organización comunitaria en los 29 distritos de Montreal llegaría a su punto más alto.

Activista antinuclear

En el verano de 1977, la renombrada antropóloga Margaret Mead visitó el ISE como ponente invitada. Durante su paseo por Cate Farm, asentía con aprobación a medida que iba viendo los edificios solares, los molinos de viento, el domo y los huertos de bancaleo profundo, pero cuando se iba, se dio la vuelta y señalando todo ello con su bastón dijo: «Sabéis que esto no valdrá para nada si no paramos la energía nuclear». ¹

Mead tenía razones para estar preocupada: desde 1966 se habían construido unos 75 reactores nucleares, suscitando más preocupación e inseguridad acerca de la posibilidad de accidentes y de la ausencia de métodos fiables para deshacerse de los residuos nucleares. Un año antes de su visita al ISE, la Public Service Company (PSCO) de Nueva Hampshire había obtenido permiso de parte de la Nuclear Regulatory

⁹³ El programa del MCM de 1976 se cita en Dimitri Roussopoulos: «Neighborhood Councils» (1978), reimpresso en Dimitri Roussopoulos (ed.): *City and Radical Social Change*, *ob. cit.*, p. 216. Véase también Marc Raboy: «The Future of Montreal and the MCM», *Our Generation*, vol. 12, n.º 4, otoño de 1978.

⁹⁴ Murray Bookchin: «Toward a Vision», *ob. cit.*, p. 190. Años después me dijo que hubiera preferido que el programa hiciera un llamamiento a las asambleas en lugar de a los consejos.

¹ Citado en el artículo de Nancy Jack Todd: «No Nukes», *Journal of the New Alchemists*, n.º 6, 1980, p. 18. Doy por supuesto que Mead visitó el ISE durante 1977, pero podría haber sido un año antes (Mead murió en 1978). Recojo la historia tal y como la describen John Todd y Nancy Jack Todd en: *Tomorrow Is Our Permanent Address: The Search for an Ecological Science of Design as Embodied in the Bioshelter*, Harper & Row, Nueva York, 1980, pp. 40-41.

Commission (Comisión de Regulación Nuclear) para construir dos reactores cerca de una vasta extensión de marismas de agua salada, estuarios y llanuras marítimas en la tranquila ciudad costera de Seabrook, en Nueva Hampshire. La PSCO planeaba construir dos tuberías gigantes de unos 3,2 kilómetros desde los reactores, a través de las marismas, hasta el Atlántico. Las tuberías chuparían mil millones de litros de agua marítima diariamente para enfriar los reactores y para hacer girar las turbinas, y después devolverían el agua al mar, 40°C más caliente. El inmenso hábitat marino de las almejas y el delicado ecosistema del litoral marino difícilmente podrían sobrevivir a esas elevadas temperaturas.²

En julio de 1976, mientras las excavadoras comenzaban a limpiar el terreno, treinta y dos activistas se reunieron cerca de Rye para formar la Clamshell Alliance y luchar contra el proyecto.³ Se inspiraban en la extraordinaria acción realizada en Wyhl, en el suroeste de Alemania, el año anterior. En febrero de 1975, se había decidido instalar una planta nuclear en Wyhl. Pero cuando las excavadoras alemanas llegaron al lugar, ya había grupos de manifestantes allí, ocupando de manera pacífica el área donde se iba a construir. La policía les arrastró fuera de allí, pero después decenas de miles de personas volvieron a ocupar el espacio, y entonces ya no eran solo estudiantes y activistas, sino también residentes de la zona. Instalaron un campamento de cabañas y tiendas de campaña, formando un pueblo alternativo. Esta vez, la policía tuvo que abandonar el lugar y un juzgado retiró la licencia

de obras. El reactor no llegó a construirse jamás. La Clamshell Alliance, en la que muchos de sus miembros eran cuáqueros, tomó Wyhl como modelo e intentó seguir sus pasos. Ocuparían la obra de Seabrook pacíficamente, utilizando la acción directa no violenta, y conducirían a la comunidad costera contra los reactores.⁴

Durante sus primeras reuniones organizativas, los *clams*⁵ llegaron al acuerdo de que tomarían las decisiones por consenso, es decir, intentarían llegar a la unanimidad de criterio. El proceso de consenso, que aprendieron de los cuáqueros, parecía mejor que el método tradicional del voto por mayoría: el consenso era inclusivo, permitía que las ideas de todo el mundo tuviesen un espacio propio, mientras que la toma de decisiones por mayoría era una dicotomía entre victoria/derrota, solo permitía que prevaleciese un punto de vista y la minoría debía asumirlo. Los primeros *clams* eran un pequeño grupo de amigos unidos por la buena voluntad; sus reuniones eran relativamente informales, así que solían lograr de manera sencilla el consenso entre ellos y así podían continuar sin problemas.⁶

Para prepararse para ocupar la obra de Seabrook, un grupo de 18 *clams* practicaron diferentes técnicas de desobediencia civil y representaron algunos de los escenarios posibles del encuentro con las fuerzas policiales. Se prepararon entre ellos para saber cómo evitar provocar ellos mismos una confrontación. El 1 de agosto de 1976, unos 600 *clams* se reunieron en Seabrook y los 18 que habían recibido la formación en resistencia no violenta se dirigieron al lugar donde comenzaban las obras, en el que colocaron unos plantones de pinos y arces.

². Informe de la Federación de Científicos estadounidenses y de la Universidad de Washington and Lee: «The Future of Nuclear Power in the United States» (2012), en línea en bit.ly/1cMjV0e; Marc Mowrey y Tim Redmond: *Not in Our Backyard: The People and Events That Shaped America's Modern Environmental Movement*, William Morrow, Nueva York, 1993, p. 169.

³. «Clamshell Alliance», documento fundacional, julio de 1976, archivo 1, Clamshell Alliance Papers, Milne Special Collections, University of New Hampshire, Durham (a partir de ahora CPUNH).

⁴. *Ibid.*

⁵. A partir de ahora, cuando la autora se refiera a los miembros de la Clamshell Alliance, utilizaremos la misma abreviación que ella: *clams*. (N. de la T.)

⁶. Barbara Epstein: *Political Protest and Cultural Revolution: Nonviolent Direct Action in the 1970s and 1980s*, cap. 2, University of California Press, Berkeley, 1991.

Cuando el PSCO les pidió que se marcharan, se sentaron frente a ellos y se negaron a irse. Un escuadrón de la policía les arrastró fuera de allí, llevándolos a trompicones hasta la comisaría, donde les acusaron de allanamiento de la propiedad.⁷

La siguiente ocupación del recinto debía tener lugar tres semanas después. Unas 180 personas se ofrecieron voluntarias para la desobediencia civil y recibieron formación en sesiones de entre seis y ocho horas. Suki Rice, la cuáquera miembro de Clam, decidió formarles en grupos pequeños y los definió como «grupos de afinidad». No queda claro de dónde sacó esta frase; un historiador asegura que fue su «innovación informal», pero hacía mucho que la extendida difusión del libro de Bookchin, *Anarquismo en la sociedad de consumo*, había popularizado el concepto. Sea como fuere, los grupos de afinidad de Rice se organizaron con el objetivo práctico de formarse en la resistencia no violenta.⁸

Cuando llegó el 22 de agosto, los 180 miembros de Clam ocuparon la obra; fueron arrestados, arrastrados y arrojados dentro de autobuses. Se negaron a salir bajo fianza y fueron conducidos a la base militar de la Guardia Nacional. La mayor parte de ellos fueron puestos en libertad al día siguiente.⁹

Esta segunda acción generó titulares y nuevos miembros de diferentes movimientos, como eran el feminista, el pro derechos para los nativos americanos, los movimientos obreros y ecologistas; inundaron la Clamshell Alliance. La siguiente acción estaba prevista para abril de 1977 y los miembros de Clam organizaron a los recién llegados en grupos de afinidad para la formación en resistencia pasiva.

Durante el invierno de 1976-1977, los congresos de Clamshell adoptaron una estructura organizativa para poder asumir

el crecimiento de la alianza. Crearon un Coordinating Committee (CC), consistente en representantes de diferentes regiones de Nueva Inglaterra. Pero el CC no estaba autorizado para tomar decisiones. En cambio, todos los *clams* debían participar en las tareas de toma de decisiones y en el trabajo de lograr consensos. Cuando surgía un problema que necesitaba ser resuelto, el CC lo discutía y desarrollaba una posición o posiciones; los delegados devolvían la/s posición/es a sus respectivas regiones, donde se discutiría y se llegaría a planteamientos propios; después, los delegados trasladaban las decisiones regionales al siguiente encuentro de CC. Para armonizar la relación entre las diferencias, los delegados trabajaban duro para intentar sacar adelante un acuerdo; posteriormente, lo transmitían a sus regiones para que se debatiese, con la esperanza de que se aprobase. Era habitual que algún conflicto se discutiese durante semanas en los diferentes espacios, e incluso durante meses, antes de que pudiera llegarse a un consenso. El CC se mantuvo escrupulosamente fiel a este proceso, incluso cuando empezó a hacerse cada vez más largo y difícil.¹⁰

La creación de Clamshell fue algo que agradó sobremedida a Bookchin, que se había opuesto a la energía nuclear desde la década de 1950 y que había ayudado a evitar que se construyera el reactor de Ravenswood durante los sesenta. Ahora había un movimiento entero centrado en combatir la energía nuclear mediante una revuelta cargada de contenido ético. Es más, el movimiento no era marxista, sino que tenía una estructura libertaria y sus miembros se habían organizado, incluso, en grupos de afinidad. Bookchin se les unió con entusiasmo y con grandes expectativas.

Se dio cuenta de que el uso que Clamshell hacía del concepto «grupo de afinidad» no era el mismo que él tenía o el de los anarquistas españoles. Los grupos de afinidad de los *clams* se constituían juntando desconocidos a propósito, que recibían

⁷ Marc Mowrey y Tim Redmond: *Not in Our Backyard*, ob. cit., p. 171.

⁸ Etahn Cohen: *Ideology, Interest Group Formation, and the New Left: The Case of the Clamshell Alliance*, Garland, Nueva York, 1988, pp. 119, 141 y nota al pie n.º 20.

⁹ Marc Mowrey y Tim Redmond: *Not in Our Backyard*, ob. cit., p. 171.

¹⁰ Etahn Cohen: *Ideology, Interest Group Formation...*, ob. cit., p. 109.

una formación conjunta para llevar a cabo acciones predeterminadas, y se deshacían después. Los grupos de afinidad de Bookchin eran más autónomos, grupos de «hermanos y hermanas» ya existentes, que se conocían bien los unos a los otros y que se fusionaban para formar grupos políticamente creativos, para decidir y llevar a cabo acciones de manera colectiva. Él y otros compañeros del ISE formaron el Spruce Mountain Affinity Group —que recibió su nombre por una montaña cercana a Goddard—, para poder formar parte de Clamshell. Los amigos de Bookchin en Boston —que habían adoptado el nombre de Black Rose— también formaron un grupo de afinidad en esta línea, diferenciado del grupo más importante de Boston, que estaba dominado por la línea cuáquera. En Vermont, se crearon otros grupos similares que, el 30 de julio de 1977, se reunieron en Goddard para formar la Green Mountain Alliance.¹¹

Bookchin sabía que el continuo crecimiento de Clamshell suponía que su espíritu democrático se vería probablemente cuestionado. A menudo, en las organizaciones igualitarias estructuradas de manera flexible, algunos de sus miembros que codiciaban el poder tomaban de facto el papel de líderes y la misma ausencia de estructuras rígidas les permitía acumular poder de manera informal, sin que hubiese un mecanismo por el que tuvieran que rendir cuentas al resto.¹² Clamshell debía evitar que eso sucediese. Necesitaba una estructura bien definida que, sin embargo, fuese compatible con su espíritu libertario.

Bookchin pensó en el manuscrito que llevaba años durmiendo en su escritorio. No había acabado de escribir *Los anarquistas españoles*, en parte porque el desenlace de la historia le partía el corazón: los líderes de la CNT habían traicionado al

anarquismo uniéndose al gobierno del Frente Popular, lo que había contribuido a la destrucción del movimiento. ¿Cómo podía presentar a los anarquistas españoles como un modelo para seguir cuando sus miembros más importantes habían acabado entrampados contra sus propios principios?

Pero el manuscrito, escrito originalmente para responder a las críticas de la Nueva Izquierda sobre el anarquismo como un movimiento desorganizado, describía una estructura organizativa amplia, democrática y libertaria que había persistido durante décadas. Como esta misma cuestión pendía sobre Clamshell, el desarrollo de los acontecimientos demandaba que se contase la historia española. Así que decidió acabarlo, llamarlo «volumen uno», y dejar la historia de la traición de 1936-1937 para un segundo volumen. Terminó el primer volumen y se lo dedicó a Russell Blackwell, «mi amigo y compañero».¹³ Free Life Editions lo publicó en 1977.¹⁴

La formación en resistencia pacífica para la siguiente ocupación de la obra de Seabrook, planeada por Clamshell para aquel mes de noviembre, fue rápida y frenética. Cuando, en la mañana del sábado 30 de abril de 1977, dos mil manifestantes se congregaron en Seabrook, entre ellos había un contingente del ISE. Organizados en grupos de afinidad, levantaron sus tiendas de campaña en ordenadas hileras en la zona en construcción, cavaron letrinas y marcaron «calles» construyendo un pueblo al que llamaron Freebrook. Por consenso, decidieron prohibir todos los materiales nucleares dentro de los límites del pueblo.

Los ocupantes durmieron allí aquella noche y se despertaron rodeados por la Guardia Nacional. El gobernador del

¹¹ Murray Bookchin: «Anarchism», *WIN Magazine*, 1 de mayo de 1971, p. 20; véanse también los archivos del CPUNH.

¹² Como describe y advierte Jo Freeman en su muy difundido panfleto «The Tyranny of Structurelessness», bit.ly/1F3UbXX (en castellano en bit.ly/2ftvrlS).

¹³ En castellano en el original. (*N. de la T.*)

¹⁴ Murray Bookchin: *The Spanish Anarchists: The Heroic Years, 1868-1936*, Free Life Editions, Nueva York, 1977. Cuando AK Press reimprimió el libro en 1998, alguien en la editorial decidió quitar la dedicatoria a Blackwell y reemplazarla dedicándose a otras personas, sin consultar a Murray. Sin embargo, Blackwell fue la única persona a la que Murray Bookchin dedicó este libro.

estado les dio la orden de desalojar la zona en veinte minutos o se enfrentaban a ser detenidos. La mayor parte de ellos permaneció en su sitio. La policía arrestó a 1414 y los apelonó en autobuses para llevarlos a la base militar de Portsmouth. Las instalaciones no eran suficientemente grandes para un grupo tan numeroso como aquel, así que los dispersaron a diferentes bases militares del estado.¹⁵

Durante las dos semanas que duró el encarcelamiento, tal y como me relató uno de los detenidos, Brian Tokar, los grupos de afinidad adoptaron una nueva función:

Estructuraron la manera en que las personas encarceladas juntas podían tomar decisiones colectivamente, mientras soportaban el acoso policial.

Durante el proceso de encarcelamiento, los *clams* reconcieron el concepto de grupos de afinidad de una manera más cercana a la entendida por Bookchin: es decir, un tipo de grupos que «podía formar la base de un movimiento participativo, de democracia directa, mucho más amplio».¹⁶

Antes de la ocupación, el cofundador de Clamshell, Howie Hawkins, le había pedido a Bookchin que diese una charla en Darmouth durante la primera semana de mayo (Murray le preguntó: «¿Has leído mis textos? ¡Soy un anarquista revolucionario! ¿Estás seguro de que quieres que hable?»). Cuando llegó el día señalado, aún estaban en la cárcel los 1414 *clams*. Hawkins recuerda que «él estuvo de acuerdo en hablar allí», durante la manifestación en apoyo a los detenidos.

*Mantuvo a la multitud escuchando su incitador discurso de cinco minutos, salido directamente de su cabeza sobre los peligros de la energía nuclear y el poder de la acción directa popular. Si le hubiéramos dejado continuar, podría haber mantenido a toda la multitud escuchándole intensamente durante toda la tarde.*¹⁷

Después de dos semanas, la mayor parte de los cargos fueron desestimados y los *clams* fueron liberados. El creciente movimiento antinuclear estaba exultante; consideraba la acción como una victoria de la movilización no violenta. Bookchin alabó el «retorno del impulso vital del movimiento de derechos civiles y del movimiento contra la guerra» de mediados de los sesenta. De hecho, la ocupación de esos espacios suponía en sí un avance con relación a dichos movimientos, afirmó, puesto que constituían un tipo de acción directa anarquista en la cual «la persona, ella y él, recuperan su propio ser, un sentimiento de poder sobre los eventos y un significado como ser humano activo». En resumen, las ocupaciones «produjeron un excitante sentimiento de esperanza» entre los radicales de toda la nación.¹⁸



Aquel verano, el ISE atrajo a 150 estudiantes para su curso de doce semanas. Nuevos talleres prácticos capacitaban a los participantes en instalaciones eléctricas, fontanería, soldadura de plomo e hierro y carpintería. Una clase construyó todo un garaje utilizando únicamente materiales de la zona y

¹⁵ Marc Mowrey y Tim Redmond: *Not in Our Backyard*, *ob. cit.*, p. 171; Barbara Epstein: *Political Protest and Cultural Revolution*, *ob. cit.*, p. 66.

¹⁶ Brian Tokar, entrevistado por la autora, 18 de julio de 2009.

¹⁷ Howie Hawkins: «Remembering Murray Bookchin», 18 de marzo de 2013, inédito, colección de la autora.

¹⁸ Murray Bookchin: «The Seabrook Occupation...», *Liberation*, julio-agosto de 1977, pp. 7-8; «The Plot Thickens: MUSE and the Demise of the Clamshell Alliance», *It's About Times*, agosto de 1981, p. 7.

herramientas manuales. Las estructuras fueron diseñadas y rediseñadas, construidas y reconstruidas varias veces, para que los estudiantes pudieran adquirir experiencia práctica. Karl Hess estaba maravillado: «Los jipis han abandonado las flores y han cogido llaves inglesas y martillos».¹⁹

Se sumergieron en el trabajo utilizando las ecotécnicas. Un grupo construyó un colector solar plano a partir de chatarra y lo instaló en la Sunhouse para que alimentase el circuito cerrado de periodicidad anual. Otro grupo diseñó un colector concentrador solar con forma parabólica, que movía el agua en función del principio del ascenso del agua caliente. Un instructor compró unos viejos molinos de viento en las granjas del medio oeste y los llevó al ISE, donde los estudiantes los transformaron en turbinas utilizables. La clase diseñó un sistema eólico con palas de tela, hechas con velas de dacrón²⁰ que tenían seis metros de largo, y que fue instalado sobre una torre de hierro de poco más de nueve metros, cerca de la Sunhouse. Utilizado para bombear agua que se calentaría gracias a la energía solar dentro de una tanque, «giraba con la brisa más leve».²¹

Los estudiantes de agricultura ecológica cavaron 33 bancales de cultivo francés, además de otros normales, para poder examinar las diferencias. Se dieron cuenta de que la producción que crecía en los bancales de cultivo intensivo sobresalía en «vitalidad, salud y sabor». Cerca de los bancales plantaron caléndulas, capuchinas, salvia y hierbabuena, alrededor de los plántales de repollo, para ver si este tipo de plantas acompañantes ayudaban a mantener lejos a los insectos. La estudiante Calley O'Neill diseñó lo que bautizó como el «huerto solar en escudo», utilizando como fertilizante el agua cargada de algas de los tanques de tilapias. «El huerto se desató, se volvió loco, salvaje [...] como si se chutase esteroides», relataba. Los estudiantes plantaron un huerto de hierbas aromáticas, construyeron cajones de germinación para los germinados de alfalfa, fresqueras en el sótano de la alquería y montaron viveros para que las plantas aguantasen el invierno.²²

En su tiempo libre, nadaban en el río Winooski. Murray, que siempre se quedaba en tierra firme, era conocido como el «gran osito ruso», me dijo O'Neill. Algunas veces iba al

¹⁹ Jeanne Major y Wes Miles: «The Institute for Social Ecology: A Master Plan for Land Use: The Cate Farm», tesis final, Goddard College, 1981; Gloria Goldberg: «Three Techniques for Organizational Development: A Case Study of Intervention at the Institute for Social Ecology», tesis final, Goddard College, 1982, pp. III-9; Hess citado en Leslie Sproule: «The Universe Is Coming Together», *Wanekia: The Cate Farm Journal*, Institute for Social Ecology, Plainfield (Vermont), 1977, p. 29.

²⁰ «Dacrón» es el nombre que recibe en Estados Unidos la fibra sintética de poliéster que se utiliza principalmente en la industria textil para fabricar tejidos resistentes. (*N. de la T.*)

²¹ Barry, Doug, Joe, Sally, Bob: «Steel Sandwich Plate Collector», *Wanekia, ob. cit.*, p. 61; «Aquaculture Collector», *Wanekia, ob. cit.*, p. 61; Alvin: «Greenhouse Aquaculture», *Wanekia, ob. cit.*, p. 49; «Thermosiphoning Hot Water Collector», *Wanekia, ob. cit.*, pp. 62-63; «Solar Test Facility», *Wanekia, ob. cit.*, p. 86. El rotor del Savonius estaba unido a un generador para la producción de la energía eléctrica

necesaria para la iluminación y la utilización de maquinaria en el taller. Véanse Judith Edwards: «Pioneering for the Future: The Social Ecology Institute», *Vermont Summer* [revista], *Bennington Banner*, 27 de agosto de 1976; Murray Bookchin: «The Concept of Ecotechnologies and Ecocommunities» (1976), en *TES, ob. cit.*, p. 108; Dan Chodorkoff, entrevistado por la autora, 12 de mayo de 2009; Rob Maia et al.: «Sailwing Wind-Power System», *Wanekia, ob. cit.*, p. 73.

²² Leslie Sproule: «French Intensive Beds» *Wanekia, ob. cit.*, p. 36; Calley O'Neill: «Maia and Calley's French Intensive Bio-dynamic Bed», *Wanekia, ob. cit.*, p. 37; Major y Miles: «Institute for Social Ecology»; Leslie Sproule: «Cabbages and Companions», *Wanekia, ob. cit.*, p. 39; Ron Zweig: «Solar Aquaculture: Historical Overview», *Journal of the New Alchemists*, n.º 6, 1980, pp. 93-95; «The Solar Shield Backyard Garden», calleyoneill.com, bit.ly/1JjSox0 (incluye mapa de los diseños y fotos); Calley O'Neill, entrevistada por la autora, 21 de noviembre de 2009; Gloria Goldberg: «Three Techniques for Organizational Development», *ob. cit.*, pp. III-9; Phil, Leslie y Jay: «The Perfect Cold Frame», *Wanekia, ob. cit.*, p. 87.

dormitorio de los estudiantes, llevaba vodka «y nos tomábamos unos chupitos con él». O'Neill se maravillaba de lo educado y amable que era. «Si tenía que interrumpir a alguien, era tan paciente, con sus “¿me permite, por favor?” y “muchas gracias”. Era el conversador más cortés que he conocido jamás.»

Durante el curso de tres meses, los estudiantes establecían lazos comunitarios. O'Neill decía que «se juntaron 150 personas y se enamoraron».

Pero daba igual en qué proyecto estuviese trabajando la gente, que cuando llegaba la hora de las clases de Bookchin, todo el mundo —estudiantes y profesores—acudían a escucharlas. «Todos llegábamos pronto a las clases, no queríamos perdernos ni una palabra», recuerda O'Neill. «Y asombraba a todo el mundo. Hablaba durante tres horas, sin parar, sin notas de apoyo, a todo gas, manteniendo a la gente expectante.» Desarrollaba sus ideas sobre democracia e historia de la civilización de manera «muy metódica», presentándolas de manera «fascinante [...]. Era como una fuerza de la naturaleza».²³

Incluso las personas cuya orientación era más técnica apreciaban su perspectiva histórica. «Siempre deslumbraba a todo el mundo», rememoraba Joseph Kiefer, que se especializó en agricultura orgánica.²⁴ «Nos dimos cuenta de que no se trataba solo de sistemas —decía Costa-Pierce—. Se trata de la gente, tiene que ver con el género, las familias, la comunidad.» Una noche,

...fuimos todos a escuchar una charla de Murray en la Universidad de Massachusetts, en Amherst. Murray era la estrella. Había miles de personas. Cuando acabó, la gente empezó a gritar: «¡Amén, hermano!». La gente gritaba, se reía y

*lloraba. El clamor era inmenso y todo el mundo se puso en pie y rugimos de nuevo. Aquel discurso fue uno de los mejores que he visto dar nunca a nadie.*²⁵

Al finalizar el verano, muchos de los estudiantes estuvieron de acuerdo en que su experiencia en el ISE era «la mejor experiencia, la más productiva y transformadora que jamás habían tenido».²⁶ «Para muchos de nosotros fue transformadora», señalaba Kiefer. También explicaba que: «Sin duda alguna, él inspiró lo que yo hago a día de hoy», que en su caso se trata de poner en contacto a los productores locales con agencias de salud y servicios sociales. «Pero tú ya sabes que Murray iba en coche a todas partes —me dijo Kiefer—. Comía en McDonald's.»²⁷ Era el deje proletario.



Jim Morley entró en Ramapo como un estudiante novato, un joven enfadado, en 1976. «Cuando era chaval estaba realmente cabreado», recordaba. Pero, cuando se sentó en la clase del profesor Bookchin, preparado a plantarle cara a su autoridad, el hombre que tenía delante de él en aquella habitación expulsó totalmente esa idea de su mente. Iba vestido «como un conserje», con unos anchos pantalones verdes y un manómetro en el bolsillo de delante. Cuando abrió la boca, lo hizo para «hablar como un neoyorquino, en nuestro idioma de la clase obrera» a «los hijos de aquellos que no habían ido a la escuela». Mientras escuchaba, Morley pensó: «Esto lo llevo en la sangre, esto soy yo».

Bookchin tomaba la rabia, como la de Morley, y le «dio una voz intelectual». Rara vez consultaba el plan de estudios o las

²³. Entrevista con O'Neill, *ob. cit.*

²⁴. Joseph Kiefer, entrevistado por la autora, 15 de febrero de 2010.

²⁵. Barry Costa-Pierce, entrevistado por la autora, 6 de junio de 2009.

²⁶. Geri Berger: «The Best I Ever Had», *Wanekia, ob. cit.*, p. 104.

²⁷. Entrevista a Joseph Kiefer, *ob. cit.*

hojas de notas. Peroraba improvisadamente, de forma elocuente, «y todo tenía un sentido claro». Hablaba con monólogos apasionados y serios. «Yo estaba totalmente fascinado por Murray —decía Morley—, era mi ideal de ser humano.» Por su parte, Bookchin disfrutaba siendo el mentor de una generación de ecologistas revolucionarios.²⁸

Para estos hijos de los trabajadores de la planta de montaje de la Ford, Bookchin narraba la historia del capitalismo, menos interpretada por Marx que por el historiador de la economía, Karl Polanyi. Su libro *La gran transformación* (1944) enseñaba, como señalaba Bookchin, que al contrario de la creencia popular, el ascenso del capitalismo no era algo inevitable:

*La gente ha sido arrastrada al capitalismo, pero no ha dejado de gritar y luchar contra ello a lo largo de todo el proceso, intentando oponerse todo lo que ha podido a este mundo industrial y comercial.*²⁹

Se resistieron a ser reducidos de su ser comunal a simples egos mónadas. Se resistieron a la reducción de las relaciones sociales a meras relaciones de intercambio. Hoy en día, le decía a sus estudiantes, tenemos que resistirnos a la disolución de los barrios y su transformación en suburbios, a la transformación de los pequeños comercios en grandes centros

²⁸. Jim Morley, entrevistado por la autora, 12 de julio de 2009; Thomas Pawlick: «A Return to First Principles», *Harrowsmith*, n.º 43, 1982, p. 35. Más o menos en esa época, una estudiante, Jane Coleman, se enamoró de Murray y se mudó a vivir con él. El que un profesor viviese con una estudiante era una ruptura de la ética profesional, así que Murray se casó con ella en 1978. Sus personalidades eran incompatibles y se divorciaron en 1980. Coleman declinó la oferta de ser entrevistada para este libro.

²⁹. «Interview with Murray Bookchin», *Open Road*, Vancouver, primavera de 1982.

comerciales. La economía de mercado se está convirtiendo en la sociedad de mercado, transformándolo todo en mercancía. Y, en el proceso, el capitalismo está desmontando la biosfera, revirtiendo el proceso revolucionario.

«Muchos profesores no querían hablar más de cuarenta y cinco minutos», comentaba Wayne Hayes, pero en ese plazo de 45 minutos, «Murray simplemente estaba empezando a entrar en calor». La mente académica, explicaba Hayes, «está entrenada para ser estrecha y para centrarse en subcampos específicos, y no se supone que deba ir más allá de esos límites». Pero Bookchin no tenía paciencia para eso: su mente era «sinóptica», era capaz de relacionar todas las cosas.

No tomaba en serio el sistema de calificaciones escolares; cualquiera que acudiera regularmente a sus clases recibía una A.³⁰ Si un o una estudiante no entregaban los trabajos, simplemente recibían un «incompleto». Y, mientras que los estudiantes adoraban su política de calificaciones, el decano no lo hacía en absoluto. Pero, por el resto, la administración de Ramapo estaba encantada con Bookchin. El 1 de septiembre de 1977, el que una vez fuese desertor del instituto, recibía su título de catedrático.³¹



Aquel otoño, el movimiento antinuclear continuaba creciendo a un ritmo vertiginoso. Activistas de todo el país organizaban grupos, tomando como modelo Clamshell, para ocupar obras nucleares de manera no violenta: la Abalone Alliance en

³⁰. Las calificaciones con letras (del inglés *grade letters*, «letras de calificación») son símbolos usados para representar un rango de evaluaciones, siendo la A la nota más alta y, en Estados Unidos, la F es la calificación más baja. (*N. de la T.*)

³¹. Wayne Hayes, entrevistado por la autora, el 9 de junio y el 25 de agosto de 2009; comunicación de George T. Potter a Bookchin, 10 de marzo de 1977, archivo del MBPTL.

California, la Catfish Alliance en Florida, la Shad Alliance en Nueva York y muchos más.³² El movimiento poseía energía y nervio, y por sus protestas pacíficas pero festivas atraía a nuevos miembros en tropel.

También en Nueva Inglaterra Clamshell estaba expandiéndose con rapidez. En noviembre de 1977, se reunieron en Putney, Vermont, dos mil miembros del Clam para decidir en un congreso cuáles iban a ser los siguientes pasos. Algunos querían realizar otra ocupación, instalando esta vez molinos eólicos y paneles solares. Pero otros pensaban que Clamshell debía, a partir de ahora, dejar la acción directa y educar a otros grupos. El plenario, en su búsqueda de consenso, se fue enredando en sí mismo; la reunión duró doce horas. Muchos se cansaron y se marcharon. A las 6 de la mañana, el grupo que quedaba decidió continuar con otra ocupación de la obra que no solo protestase contra ella sino que también evitase que se pudiera seguir construyendo. Decidieron que sería el 24 de junio de 1978.³³

Durante el proceso de preparación, Clamshell editó un manual en el que se recogía que los grupos de afinidad constituían «la estructura básica para la toma de decisiones durante la ocupación», permitiendo «una toma de decisiones, mediante el sistema de consenso, descentralizada», en la que todos los participantes debían tener voz. Se hizo una edición del artículo de Bookchin «Sobre los grupos de afinidad», del libro *El anarquismo en la sociedad de consumo*,³⁴ que fue copiada e incluida en el manual. Clamshell estaba formado por grupos de afinidad, señalaba Bookchin con satisfacción, conectados de manera

igualitaria —como los radios de una rueda—, en lugar de estarlo jerárquicamente —como los peldaños de una escalera—. En otras palabras: «Su práctica es anarquista».³⁵

Los anarquistas españoles: los años heroicos fue publicado durante el otoño de 1977. Según señaló el historiador George Woodcock en una reseña del libro, proporcionaba un sentido de lo «humano» dentro del anarquismo. Predijo que el libro «provocaría que muchos lectores reconsiderasen realmente» la visión que tenían del anarquismo, que era lo que pretendía Bookchin.³⁶ Por último, y más importante, a partir de aquel momento, la izquierda tenía un estudio documentado de la organización anarquista, y el movimiento antinuclear podía saber más acerca de las raíces españolas de sus grupos de afinidad.

Hasta entonces, las ocupaciones de la obra de Seabrook no habían sido complicadas logísticamente, los ocupantes simplemente habían entrado en el área en construcción que estaba totalmente abierta. Pero, esta vez, previendo la posible acción del 24 de junio, el PSCO rodeó todo el perímetro de la obra con vallas unidas por cadenas y rematadas con alambre de espino.

Algunos de los grupos de afinidad de Clam, como el Spruce Mountain de Bookchin y el de los radicales de Boston, no consideraron que la valla supusiese obstáculo alguno, simplemente la cortarían (tal y como Ecology Action East había hecho en el Squatter's Park), continuarían con la ocupación y acabarían arrestados, tal y como estaba previsto. Pero otros *clams*, especialmente los grupos más influenciados por los cuáqueros, se opusieron a cortar la valla, ya que suponía un acto de destrucción y, en consecuencia, de violencia. No continuarían con

³² Bárbara Epstein: *Political Protest...*, *ob. cit.*, p. 195.

³³ *Ibid.*, p. 73.

³⁴ En la edición en castellano de *El anarquismo en la sociedad de consumo*, no está incluido dicho artículo, como tampoco lo está «Discusión sobre “¡Escucha, marxista!”», ya que ambas fueron añadidas en la reedición de la obra que se hizo en Canadá. En castellano, puede encontrarse dicho texto en *¡Escucha, marxista!*, Diacasa, 2016, pp. 93 y ss. (*N. de la T.*)

³⁵ «Seabrook 78: A Handbook for the Occupation/Restoration Beginning Jun. 2», archivo 8, CPUNH; entrevista de la autora a Brian Tokar; Murray Bookchin: «The Seabrook Occupation», *ob. cit.*, p. 8.

³⁶ George Woodcock: «The Libertarian Virtues», *TLN (Times Literary Supplement)*, 28 de abril de 1978.

ello. Algunos de los miembros del cc mantenían también este punto de vista. El conflicto se extendió por toda la Alianza. Como señaló el cc, «gran parte de la planificación logística no puede realizarse hasta que no se haya resuelto este problema». Pero el conflicto estaba lejos de resolverse, ya que sobre este tema los *clams* no eran capaces de llegar a un consenso.³⁷

Pocas semanas antes de la fecha señalada, el fiscal general de Nueva Hampshire, Tom Rath, utilizó la radio para hacer una propuesta. La Clamshell Alliance debía dejar de lado su plan de realizar una ocupación ilegal, mantener la valla intacta y, a cambio, realizar una manifestación legal en el área justo al otro lado de la valla. Podrían protestar contra la energía nuclear y marcharse antes de que los trabajadores llegasen el lunes.

Ahora le tocaba a Clamshell decidir si aceptaba o no la propuesta de Rath. La mayor parte de sus 55 grupos de afinidad en Nueva Inglaterra se opusieron, alegando que en el Congreso de Putney se había decidido continuar con la ocupación. Pero los miembros más cercanos al cuaquerismo, incluyendo aquellos que formaban parte del cc, preferían aceptar la propuesta de Rath y no cortar la valla.

Las contrapropuestas y negociaciones volaban del centro a la periferia y al revés, pero el tiempo se les acababa y el consenso permanecía lejos de lograrse, ambas partes se habían enquistado. Finalmente, los miembros del cc que apoyaban la manifestación legal pusieron punto y final al proceso, decidieron acudir directamente a los medios de comunicación y anunciar que la Clamshell había cancelado la ocupación ilegal del espacio de la obra y aceptado la oferta de Rath. No tenían potestad ni capacidad alguna para tomar esta decisión, habían creado un falso acuerdo al anunciarlo. «En

³⁷. Clamshell Alliance Coordinating Committee Minutes (Actas del Comité de Coordinación de la Alianza Clamshell), 19 de febrero de 1978, CPUNH.

Vermont nos enteramos de la “decisión” a través de la radio», dijo Bookchin.³⁸

La protesta legal tuvo lugar el 24 y el 25 de junio de 1978 y atrajo a 18.000 personas. Cuando Bookchin y su grupo llegaron allí, no podían dar crédito a lo que veían. La marisma de Seabrook había sido transformada en una feria de la energía alternativa, con domos geodésicos, pequeños molinos de viento, cocinas solares y generadores impulsados por bicicletas. Había exhibiciones y puestos de comida, casetas de franquicias comerciales, malabaristas y bailarines sufíes; era casi como un carnaval. En un escenario improvisado, cantaron Jackson Browne y Arlo Guthrie, y hablaron Pete Seeger y Dick Gregory.³⁹ «Mientras deambulaba por Seabrook durante el “Woodstock” de 1978 —dijo Bookchin—, la gente bailaba al ritmo de los artistas famosos.» Ni siquiera era una protesta, era un evento de consumo, «un festival “legal” lleno de estrellas... un espectáculo».⁴⁰

Atónitos, los cerca de doscientos radicales de Nueva Inglaterra se apiñaron para compartir sus sentimientos de traición y para estudiar la situación y lo que había pasado. El cc había anulado unilateralmente una decisión legítima. ¿El comité estaba reclamando ahora tomar el control de la Alianza, en vez de simplemente coordinarla? ¿A partir de entonces los grupos de afinidad solo podrían seguir sus órdenes? Los disidentes se constituyeron en un *caucus* dentro de Clamshell, se autodenominaron Clams for Democracy, para retar al cc y luchar por mantener el poder de los grupos de afinidad.

En la tarde del domingo, los organizadores de la protesta desmontaron la feria energética y, tal y como habían previsto, se deshicieron de las exposiciones. El gobernador Meldrim

³⁸. Marc Mowrey y Tim Redmond: *Not in Our Backyard*, *ob. cit.*, pp. 197-199; Murray Bookchin: «Plot Thickens», *ob. cit.*, p. 7.

³⁹. Beer y Parsons: «Clamshell Alliance Fights», *Ubyssy*, 28 de septiembre de 1978, en línea en bit.ly/9ZF11v.

⁴⁰. Murray Bookchin: «Plot Thickens», *ob. cit.*; Murray Bookchin: «Future of the Anti-nuke Movement», *Comment*, vol. 1, n.º 3, 1979, p. 4.

Thompson, que una vez se había referido a la Clamshell Alliance como «una multitud incontrolada», la catalogó de «regenerada y rehabilitada».⁴¹

El CC, temiendo una hemorragia entre los *clams*, envió representantes a toda Nueva Inglaterra, para intentar calmar los encendidos ánimos. En una reunión en Montpelier, los representantes conminaron a los miembros de Vermont a que abandonasen la Alianza. Y, de paso, les pidieron que dejaran de hablar incesantemente de jerarquía. La Clamshell debía centrarse únicamente en cerrar las centrales nucleares para poder ganar apoyo masivo, les dijeron. «Dejad el resto de las cosas en paz.» «Tonterías», contestó Bookchin. La energía nuclear no era un problema tecnológico, era un problema de la sociedad. Cualquier movimiento antinuclear que quisiera ser viable debía cuestionar «antes que nada, las instituciones sociales y las sensibilidades dominantes que hacían posibles las plantas nucleares».⁴²

Aquel mismo mes de julio, Bookchin esbozó una constitución para Clamshell, una que empoderase definitivamente a los grupos de afinidad como la base de la Alianza. En vez de ser formaciones temporales, construidas *ad hoc* para la desobediencia civil, serían la unidad fundamental permanente de la Alianza, enmarcadas en una estructura democrática. Cada mes, los grupos de afinidad enviarían un portavoz a la reunión de coordinación regional; cuando dicha reunión tuviese que adoptar alguna decisión, los portavoces votarían solo lo decidido por el grupo de afinidad que les había enviado; y, si los portavoces no actuaban así, serían retirados. Un comité que reuniese a miembros de toda la Alianza sería elegido durante el congreso anual. Esta estructura no hacía más que garantizar que el poder decisorio

⁴¹ Marc Mowrey y Tim Redmond: *Not in Our Backyard*, *ob. cit.*, p. 200; Thomson citado por Beer y Parsons: «Clamshell Alliance Fights», *ob. cit.*

⁴² Murray Bookchin: «Future of the Anti-nuke Movement», *ob. cit.*, p. 1.

surgiese desde las bases, inspirándose en la historia de los anarquistas españoles. «Introduje material de la CNT y de la FAI», recordaba Bookchin, y el Spruce Mountain Affinity Group lo firmó.⁴³

En julio de 1978, los Clams for Democracy se reunieron para mantener una conferencia en el Hampshire College y se plantearon, entre otras cosas, proponer estos estatutos. Aunque estaban de acuerdo en que los grupos de afinidad debían ser la unidad básica de la Alianza, se oponían a la coordinación por niveles regionales y de toda la Alianza. Los grupos de afinidad debían ser los únicos que constituyesen la Alianza, sin que hubiese niveles superiores de coordinación. Segundo, rechazaron la acción no violenta como el método para oponerse a Seabrook, era demasiado pasivo. La acción directa y la confrontación debían reemplazarla (esto quería decir, según me dijo Tokar, que «dijimos que “íbamos a cortar la valla”»). Tercero, si Clamshell debía oponerse sola a la energía nuclear, debía oponerse entonces a todo tipo de jerarquía y dominación y buscar una transformación de largo alcance de la sociedad que intentaba imponer la energía nuclear pese a la voluntad popular.⁴⁴

En previsión de la conferencia de Hampshire, el grupo de afinidad anarquista de Boston, Hard Rain, había reclutado

⁴³ Spruce Mountain Affinity Group: «On Process and Policy: A Position Paper by the Spruce Mountain Affinity Group of the Green Mountain Alliance, Plainfield, Vermont», 1 de julio de 1978, incluido en el MBPTL y en la colección de la autora. La propuesta fue firmada por Bookchin y otras nueve personas. La cita está extraída de MBVB, parte 38.

⁴⁴ Acuerdo de julio de 1978, Amherst: «Afirmamos que el grupo de afinidad es la unidad fundamental de la red de Clams for Democracy. Estos grupos de afinidad estarán organizados en una red de relaciones interconectadas [...]. No habrá ninguna superestructura construida por encima de la base de los grupos de afinidad. Las decisiones de Clams for Democracy solo pueden ser adoptadas durante el *caucus* al completo. No existirá decisión que pueda hacerse en nombre de este *caucus* sin la aprobación de los grupos de afinidad que conforman el mismo». «Clams for Democracy: Points of Agreement», *Clam Journal*, vol. 1, n.º 1, enero de 1979, Burlington, archivo 2, CPUNH; entrevista a Brian Tokar, *ob. cit.*



como aliado potencial a Red Balloon, un colectivo marxista de Brooklyn.⁴⁵ Bookchin se alarmó: si su experiencia vital de la YCL al SDS le había enseñado algo era *No se trabaja con marxistas*. Pero, incluso ahora, en una fecha tan avanzada como 1978, la bienintencionada juventud sucumbía de nuevo a la atracción fatal y, es más, daban la bienvenida a los marxistas a participar de un prometedor movimiento. Se opuso a la presencia de Red Balloon a gritos.

Sus jóvenes amigos estaban perplejos. «En lugar de hablar de lo que teníamos en común, Bookchin se pasó la mayor parte del tiempo peleándose con ellos», recordaba Tokar. «Ni siquiera quería discutir asuntos teóricos», me dijo John Lepper. Pero, para Bookchin, la teoría no tenía sentido alguno cuando había marxistas cerca de él. Le dijo a Tokar que, si los Clams for Democracy admitían a Red Balloon, no se podría hacer nada. «Yo no estaba de acuerdo», me dijo Tokar, a lo que Bookchin respondió: «Tú eres demasiado bueno, te llevas bien con demasiada gente diferente».⁴⁶

Bookchin abandonó Clams for Democracy. A lo largo del año siguiente, aquel grupo de *clams* radicales escalaron la valla de Seabrook utilizando escaleras; fueron detenidos por la policía cuando descendieron al otro lado. Cuando fueron hasta la valla con alicates, la policía les repelió con porras, gas pimienta, gas lacrimógeno y mangueras contra incendios. Sus acciones directas, aunque eran de confrontación, no tuvieron el efecto de revitalizar al movimiento o siquiera de generar cobertura mediática.⁴⁷

Durante el verano de 1978, aumentó el estudio en ecotécnicas. Un instructor de energía eólica concibió un elaborado sensor para controlar las temperaturas comparativas entre los dos invernaderos y el exterior; los estudiantes hicieron el diseño estructural y lo construyeron. Los jóvenes instalaron un aerocargador encima de la granja de pollos y montaron un sistema de paneles solares para calentar agua en la alquería. Con un sistema hidropónico, cultivaron berros, tomates y pimientos verdes; utilizaron un biofiltro para eliminar los residuos de los peces del agua. El estudiante de educación Barry Pierce estudió la producción de alimentos mediante acuicultura en invernaderos con sistemas solares pasivos. Entre octubre de 1977 y febrero de 1979, cultivó truchas arcoíris, carpas, tilapias y percas amarillas, logrando un aumento de la producción de 48 kilos por año. Hasta en New Alchemy, donde se había desarrollado el método, estaban impresionados. El cortometraje *Karl Hess: Toward Liberty* muestra los molinos de viento del ISE y los invernaderos construidos en las montañas. En el Lower East Side, el CHARAS y sus jóvenes cuadros continuaron construyendo domos geodésicos en las azoteas de distintos edificios para utilizarlos como invernaderos y como circuitos cerrados de acuicultura; también rehabilitaron, y transformaron en su centro de operaciones, un edificio en la Avenue B. En Loisaida, las ecotécnicas demostraron que podían proporcionar una base para la autosuficiencia.⁴⁸

⁴⁵. Etahn Cohen: *Ideology, Interest Group Formation...*, *ob. cit.*, p. 296; Red Balloon: «Got a Dime?», c. enero de 1979, archivo 2, CPUNH. En este documento Red Balloon se define como un colectivo con una «orientación marxista-leninista». Véase también Beer y Parsons: «Clamshell Alliance Fights», *ob. cit.*

⁴⁶. John Lepper a la autora, 1 de junio de 2010; entrevista a Brian Tokar, *ob. cit.*

⁴⁷. Etahn Cohen: *Ideology, Interest Group Formation...*, *ob. cit.*, pp. 175-176. Véase William E. McKibben: «Seabrook Protest – a Victory of Sorts», *The Harvard Crimson*, 13 de octubre de 1979, en línea en bit.ly/pCoBF7.

⁴⁸. Gloria Goldberg: «Three Techniques for Organizational Development», *ob. cit.* pp. III-8; Barry A. Pierce: «Water Reuse Aquaculture Systems in Two Solar Greenhouses in Northern Vermont», *Proceedings of the World Mariculture Society*, vol. 11, 1980, pp. 118-127; John Wolfe: «The Energetics of Solar Algae Pond Aquaculture», *Journal of the New Alchemists*, vol. 6, 1980, pp. 106-107; Daniel Elliot Chodorkoff: «Un Milagro de Loisaida: Alternative Technology and Grassroots Efforts for Neighborhood Reconstruction on New York's Lower East Side», discurso de doctorado, New School for Social Re-

Para la total sorpresa de Bookchin, Estados Unidos había engendrado un partido político anarquista: el Libertarian Party (Partido Libertario), fundado en 1971. Era claramente procapitalista, pero su misma existencia le sugería a Murray que el antiestatismo —o el antigubernamentalismo—, como rasgo distintivo y autóctono en Estados Unidos, estaba creciendo en popularidad. En 1978, inauguró un encuentro del Partido Libertario en Boston. Cuando le dijo a los 150 libertarios de derechas que Estados Unidos necesitaba convertirse en una sociedad libre de jerarquización, burocracia y jerarquía se pusieron en pie para ovacionarle. Posteriormente, un entrevistador le preguntó si no pensaba que era incoherente que los libertarios intentasen lograr sus objetivos a través de un partido político; estuvo de acuerdo en esta afirmación, pero defendió un uso libertario del proceso político a escala local, basándose en grupos vecinales. «Creo que es perfectamente coherente —contestó— que los libertarios operen en el ámbito municipal o del condado, donde están cerca de la gente.»⁴⁹

Como, por ejemplo, habían hecho en Ámsterdam y en Montreal. Sin embargo, en 1977, el Montreal Citizens' Movement (Movimiento Ciudadano de Montreal) se había fracturado. Los pragmatistas conservadores habían tenido más que suficiente del programa socialista libertario defendido por el partido, que llamaba al empoderamiento de los vecindarios. Así que abandonaron el partido y crearon uno nuevo, el Municipal Action Group (Grupo de Acción Municipal, MAG), con una estructura convencional y el también convencional objetivo de atraer empresarios a Montreal. En las siguientes elecciones municipales, en 1978, el MCM, el MAG y el antiguo

partido de Drapeau, el Civic Party, sacaron toda su artillería. Los activistas socialistas, anarquistas y comunistas lo dieron todo por el MCM.⁵⁰ Y, el día de las elecciones, los ciudadanos montrealenses fueron a las urnas y votaron por la restauración del «rey» Drapeau, dándole a su Partido Cívico 53 escaños de los 55 del gobierno municipal. Tanto el MCM como el MAG obtuvieron cada uno un representante.

Los radicales del MCM estaban totalmente anonadados: los ciudadanos habían repudiado masiva —y democráticamente— todo el trabajo que habían realizado para construir una democracia vecinal. «Hicimos un análisis de los resultados a *posteriori*», me contó Roussopoulos. «Tuvimos una reunión masiva en un restaurante español en el centro de Montreal; la pregunta que flotaba era “¿qué hacemos ahora?”» La mayor parte de los anarquistas llegaron a la conclusión de que las políticas electorales eran inútiles y dejaron el MCM. Roussopoulos decidió quedarse e intentar salvar del desastre lo que se pudiera, pero durante los meses siguientes el MCM abandonó todos los rasgos radicales de su programa de 1976 y, al final, dejó de lado por completo el programa en sí.⁵¹



La derrota en Montreal era un síntoma del cambio de los tiempos. A lo largo de la década de 1970, las instituciones que una vez fueron alternativas habían ido abandonado de manera

search, marzo de 1980, pp. 155 y ss.; el documental *Karl Hess: Toward Liberty* obtuvo el premio de la Academia al mejor cortometraje documental en 1980.

⁴⁹. «Hess, Bookchin Team up at NJLP Convention», *New Jersey Libertarian*, enero de 1980, p. 3; Murray Bookchin, entrevistado por Jeff Riggensbach, *Reason*, octubre de 1979, pp. 34-38.

⁵⁰. Dimitri Roussopoulos, entrevistado por la autora, 6 de julio de 2009; Timothy Lloyd Thomas: *A City with a Difference: The Rise and Fall of the Montreal Citizen's Movement*, Véhicule Press, Montreal, 1977, pp. 38, 67; «Rassemblement de citoyens de Montreal, Rapport du comité de stratégie électorale, mars 1978», citado en Marc Raboy: «The Future of Montreal and the MCM», *Our Generation*, vol. 12, n.º 4, otoño de 1978.

⁵¹. Karen Herland: *People, Potholes, and City Politics*, Black Rose Books, Montreal, 1992, pp. 12-13.

gradual todos sus objetivos revolucionarios y, las que no habían desaparecido del todo, habían vuelto al redil de las organizaciones convencionales. Para sobrevivir, tanto las cooperativas de alimentos, como otras similares, habían acabado adoptando el funcionamiento de los negocios normales. Las organizaciones comunitarias dejaron de lado sus exigencias de autonomía y poder decisorio vecinal y empezaron a solicitar los créditos ofrecidos por la Administración Carter para el desarrollo de los programas comunitarios (CDBG). «El Gobierno prefería un desarrollo empresarial en los barrios a la acción política», observaba cáusticamente Milton Kotler. «Sacaría a la gente del Ayuntamiento y la pondría detrás de cajas registradoras.»⁵²

Bookchin había insistido largamente en que las ecotécnicas eran inseparables de las ecocomunidades, pero resultaba que los paneles solares y las turbinas eólicas podían, de hecho, divorciarse de un programa social radical. El defensor más reputado de las tecnologías alternativas y de las renovables, Amory Lovins, asesoraba a una manada de corporaciones —Bank of America, Dow, Lockheed Martin y Monsanto, entre otras—, incluso al gobierno de EE. UU. «Si Amory Lovins y los de su calaña ponen a disposición del Pentágono su conocimiento en “AT” (tecnologías alternativas) —se lamentaba Murray—, entonces el “movimiento” ecologista [...] podría perfectamente acabar incorporándose a Exxon.»⁵³

Cuando Jerry Brown fue elegido gobernador de California, en 1975, contrató a Wilson Clark, amigo de Bookchin y experto en energías renovables, como consejero principal en

cuestiones de energía. Tom Hayden, que una vez había sido un ultrarrevolucionario (y a quien, en 1968, Bookchin no había conseguido interesar en la ecología), se unió a Brown para promover la energía solar y causas de justicia social. Murray tuvo que admitir desconsoladamente que las ecotécnicas podían ser sustraídas a todo objetivo de descentralización y despojadas de cualquier potencial revolucionario, e incluso acabar siendo puestas al servicio de las corporaciones y el Estado para que estos apuntalasen su dominio con «empresas públicas de energía solar, satélites espaciales y agroempresas “orgánicas”».⁵⁴

Mientras tanto, el incipiente movimiento de «poder vecinal» para la descentralización urbana se vio revertido. En Nueva York, el nuevo alcalde, Edward Koch, hizo un llamamiento a los jóvenes suburbanitas a que regresasen a la ciudad y ayudasen a reconstruirla. Las inversiones volvieron tanto a los barrios de Nueva York como a otras ciudades y comenzó el proceso de gentrificación, bajo el eufemismo de «renacimiento urbano». Fuera de las ciudades grandes, el *boom* suburbano de la posguerra estaba produciendo un tipo de descentralización distorsionada, que nada tenía que ver con la idea que tenía Bookchin. La expansión urbana era una simple difusión de la metrópolis, igual de dependiente de los automóviles y de las autopistas y tipificada por el visible deterioro urbano, los centros comerciales, subdivisiones residenciales y zonas específicas industriales, de vivienda y de oficinas. Lugares que hacían totalmente imposible la participación comunitaria y ciudadana. En el *sunbelt*, se construyeron ciudades nuevas que no contenían ningún tipo de estructura vecinal. Las nuevas aglomeraciones urbanas (Bookchin las llamaría «urbanización sin ciudades») negaban la posibilidad de existencia de urbes a escala humana y reemplazaban la solidaridad entre vecinos por la veneración y el

⁵² Harry C. Boyte: *The Backyard Revolution: Understanding the New Citizen Movement*, Temple University Press, Filadelfia, 1980; Milton Kotler: «The Politics of Community Economic Development», *Law and Contemporary Problems*, vol. 36, n.º 1, invierno de 1971, pp. 3-12.

⁵³ Amory Lovins: *Soft Energy Paths: Towards a Durable Peace*, Friends of the Earth, San Francisco, 1977. Murray Bookchin: «Notes and Reflections of an Old New Yorker» en *Raise the Stakes*, 1981, p. 7. *Raise the Stakes* fue una publicación de la Planet Drum Foundation en San Francisco.

⁵⁴ Murray Bookchin: «Self-Management and New Technology» (1979), en *TES*, p. 131.

culto a los negocios. Tanto los residentes de los suburbios como los de las megalópolis, lejos de ser ciudadanos activos, eran «población cliente» aún más pasiva, que pagaba impuestos a cambio de servicios.⁵⁵ Por su parte, el movimiento ecologista continuó por la senda del reformismo que Bookchin había criticado, concentrando sus esfuerzos en formar grupos de presión en Washington. Bookchin escribió en 1980 la «Open letter to the Ecology Movement», que fue extensamente reimpresa, en la que señalaba una vez más que intentar únicamente rectificar problemas ecológicos específicos, tal y como hacían los medioambientalistas, no valía más que para poner parches; para poder actuar directamente sobre la raíz de las causas de la crisis ecológica, debía surgir un movimiento mayoritario que cuestionase la economía de mercado tanto como el sistema social de jerarquía y dominación.⁵⁶

Durante la década de 1970, diferentes elementos propios de su programa habían sido extraídos del conjunto, solo para ser absorbidos por el sistema existente bajo una forma distorsionada: la ecología se había reducido al medioambientalismo; la descentralización había sido retorcida para dar lugar a la expansión; y las ecotécnicas se habían convertido en objeto de interés de gobiernos y corporaciones. «Era la unidad de mi visión —se lamentaba— lo que le confería un carácter radical.»⁵⁷

⁵⁵. Murray Bookchin: «Toward a Vision of the Urban Future» (1977), en *TES*, p. 179. Para más información acerca del fracaso del descentralismo urbano durante el siglo XX, véase Mark Luccarelli: *Lewis Mumford and the Ecological Region: The Politics of Planning*, Guilford, Nueva York, 1995.

⁵⁶. Murray Bookchin: «An Open Letter to the Ecology Movement» (1980), en *TES*.

⁵⁷. Murray Bookchin: *The Ecology of Freedom: The Emergence and Dissolution of Hierarchy*, Cheshire Books, Palo Alto (California), 1982, p. 3 (ed. en castellano *La ecología de la libertad. La emergencia y disolución de las jerarquías*, Nossa y Jara, Colectividad Los Arenales, Madrid, 1999).

En 1978, surgió un nuevo movimiento, «simplicidad voluntaria», que promulgaba un estilo de vida antimaterialista: consideraban como la elección adecuada —desde un punto de vista ecológico y que, además, les aportaría riqueza interior— el vivir sencillamente, con las mínimas posesiones y servicios. Pero a Bookchin, y su mente proletaria, las propuestas de renuncias materiales le sonaban a elitismo, una manera de exigir que hiciesen sacrificios los que menos tenían. Se oponía a estas propuestas objetando que, por ejemplo, se podían subir los impuestos de la gasolina, pero esto solo dañaría a las personas con menores ingresos y los pobres, mientras que los ricos podían sortear esos límites impositivos y rellenar sus depósitos de gasolina sin que esto les afectase realmente. «¡Tienen chóferes! ¡Tienen los medios para pagar!», decía. Y, en lo referente a la comida orgánica, esta resultaba demasiado cara para que la mayor parte de la clase obrera pudiera adquirirla habitualmente: «Yo no puedo comprarla. Yo compro comida barata en el supermercado».⁵⁸

También durante aquellos años había surgido y se había extendido el New Age —una adaptación occidental de la espiritualidad taoísta— que iba creciendo en popularidad, como cultura alternativa entre los corazones y las mentes de los antiguamente ecologistas radicales. La apreciación y la valoración de un sentimiento de unidad cósmica, o fusión con la naturaleza, se integró en el antiguo movimiento dando paso a una nueva espiritualidad ecologista. Bookchin pensaba que cualquier tipo de espiritualidad suponía un paso atrás, ya que representaba una renuncia a la razón y la acción (como se recoge en el concepto taoísta del *wu wei*) en favor del misticismo, la pasividad política y una regresión al espacio de la vida privada. Él prefería la disposición occidental a la racionalidad y a la actividad práctica de intentar comprender lo

⁵⁸. Michel Saint-Germain: «La liberté de chacun: Un café avec Murray Bookchin», *Mainmise*, n.º 76, Montreal, 1978, pp. 30-31.

desconocido, en lugar de venerarlo pasivamente, e intentar activamente cambiar la sociedad para mejor, en vez de aceptar estoicamente un *statu quo* injusto o esclavo. El dinamismo de la antigua tradición griega tenía más interés para él que las ideas hindúes o chinas que alimentaban a la New Age: la tradición griega ofrecía «inspiración racional, técnica y ética para el desarrollo de tecnologías orientadas a beneficiar a la humanidad y a las comunidades». ⁵⁹ Empezó, entonces, un estudio de la política griega y de la filosofía natural.

En cuanto a los jóvenes radicales intelectuales que habían entrado en las universidades, encontraban más satisfacción en explorar los copiosos, y algunas veces contradictorios, textos de Karl Marx. En 1973, los *Grundrisse* —escritos en 1958— fueron traducidos por primera vez al inglés. También se traducían en aquella época los trabajos de los denominados «marxistas occidentales», como por ejemplo *Historia y conciencia de clase* de Georg Lukács (escrito en 1923 y traducido al inglés en 1972) y *Marxismo y filosofía*, de Karl Korsch (1923, traducido en 1970). Pero, desde el punto de vista de Bookchin, estos «nuevos» marxistas no solo exhibían las familiares limitaciones del marxismo, sino que además estaban constreñidos por teorías tan abstractas y arcanas que suponían un obstáculo para la actual organización política entre la gente corriente. El situacionista Guy Debord hablaba de la «teoría del espectáculo», pero Murray solía señalar que se estaba volviendo más apropiada la denominación del «espectáculo de la teoría». ⁶⁰

Bookchin respetaba al marxismo por lo que había sido en su época, pero ese tiempo ya había pasado y acabado, y aquellos neomarxistas estaban trabajando sobre un cadáver. Peor aún,

en sus intentos de revivirlo, estaban adornando el cadáver con ideas que eran extrañas al mismo —como el feminismo y el comunitarismo— y reduciendo de esta manera el género y la comunidad a una cuestión económica.

Pero lo peor de todo, a ojos de Bookchin, era que estaban intentando presentar a Marx como si fuese uno de los primeros ecologistas. Esto era mucho más de lo que Murray podía aguantar. Sí, era cierto que los pasajes de Marx sobre «pueblo y ciudad» le habían influenciado hacía tiempo, pero suponían una parte marginal dentro del trabajo de Marx. Marx había, fundamentalmente, considerado la conquista de la naturaleza como un prerrequisito para la socialización de la humanidad. Había elogiado a la sociedad burguesa por considerar que la naturaleza «se convierte puramente en un objeto para el hombre, en cosa puramente útil», y había alabado el descubrimiento científico de las leyes de la naturaleza «para someterla a las necesidades humanas, sea como objeto de consumo, sea como medio de la producción». ⁶¹ En otras palabras, Marx había dado la bienvenida a la dominación de la naturaleza como un prerrequisito del progreso humano.

Más aún, el marxismo era ineludiblemente autoritario. Marx y Engels consideraban la autoridad como algo esencial para el disciplinamiento del proletariado y para reforzar la obediencia. Engels había alabado explícitamente la fábrica como «una escuela para la jerarquía, para la obediencia y el orden». Marx pensaba incluso que el capitalismo, al destruir las anteriores formas económicas y al desarrollar tecnología, había jugado un papel históricamente progresivo. Decía que la sociedad de clases había sido históricamente necesaria para lograr la liberación humana final. Este tipo de

⁵⁹ Murray Bookchin: «Concept of Ecotechnologies», p. 101.

⁶⁰ Murray Bookchin: «Social Anarchism or Lifestyle Anarchism», en *Social Anarchism or Lifestyle Anarchism: An Unbridgeable Chasm*, AK Press, San Francisco, 1995, p. 51 (ed. en castellano *Anarquismo social o anarquismo personal. Un abismo insuperable*, Virus editorial, Barcelona, 2012).

⁶¹ Karl Marx: *Grundrisse, Notebook IV*, escrito entre mediados de diciembre de 1857 y el 22 de enero de 1858, en línea en bit.ly/qSanfP (ed. en castellano en Siglo XXI, México, 2007, párrafo 312, p. 362; en línea en bit.ly/2haLZxq).

conceptos, escribía Bookchin, hacían del marxismo, pese a que su apariencia indicase lo contrario, «la más sofisticada ideología del capitalismo avanzado».⁶²

Los neomarxistas no podían unir ambas cosas; el marxismo, simplemente, era incompatible con la ecología. Al intentar encajar los nuevos y expansivos movimientos sociales —ecología, feminismo y comunismo—, en el arcaico y pro-custiano⁶³ marco de la economía marxista, estaban obstruyendo el camino hacia el desarrollo de una ideología que le sucediese, una que fuese ética y antijerárquica, con «una auténticamente revolucionaria concepción de la libertad».⁶⁴

Llevó esta pelea a las conferencias académicas, desafiando cara a cara a los marxistas. En 1980, durante una conferencia en UCLA, dio una lección a otros profesores sobre historia anarquista. «El dominio de Murray en historia política nos mantuvo embobados a todos» hasta bien entrada la noche, recordaba

Carl Boggs. Cuando todos se hubieron ido a la cama, Bookchin se quedó levantado escribiendo un discurso de veinticinco páginas. Aquella tarde, un Bookchin de cincuenta y nueve años caminó firmemente hasta el atril

...y realizó una apasionante actuación magistral sobre la larga y tortuosa relación entre anarquismo y marxismo, sin mostrar signo alguno de cansancio por el viaje del día anterior, el soliloquio que había realizado la noche anterior o el vodka consumido.

Cuando el día fue llegando a su fin,

*...Murray seguía más que preparado para extenderse en el debate teórico durante varias horas más, mientras que nosotros estábamos totalmente desbordados hasta la extenuación.*⁶⁵



En marzo de 1979, la fusión parcial del reactor principal en la Three Mile Island, en Pensilvania, empujó a que decenas de miles de personas se uniesen al movimiento antinuclear. Pero, desde el punto de vista de Bookchin, a medida que el movimiento antinuclear crecía en popularidad, los líderes del mismo iban neutralizando su mensaje radical. La misma gente que había sofocado arrogantemente las acciones en

⁶² Friedrich Engels: «On Authority», citado por Murray Bookchin: «Self-Management and New Technology», *ob. cit.*, p. 127. Véase también Murray Bookchin: «Marxism as Bourgeois Sociology» (1979), incluido en *TES*, pp. 196, 209.

⁶³ Procusto pertenece a la mitología griega. Tenía su casa en las colinas y ofrecía posada al viajero solitario. Allí lo invitaba a tumbarse en una cama de hierro donde, mientras el viajero dormía, lo amordazaba y ataba a las cuatro esquinas. Si la víctima era alta procedía a serrar las partes del cuerpo que sobresalían. Si, por el contrario, era más pequeño que el lecho, lo descoyuntaba a martillazos hasta estirarlo. Matar a Procusto fue la última aventura de Teseo. Procusto se ha convertido en un símbolo del conformismo y la uniformización. La cama de Procusto es un estándar arbitrario para el que se fuerza una conformidad exacta. Se aplica también a aquella falacia pseudocientífica en la que se trata de deformar los datos de la realidad para que se adapten a la hipótesis previa. (*N. de la T.*)

⁶⁴ Véanse Murray Bookchin: «Introduction» (1979); «Spontaneity and Organization» (1971) («Espontaneidad y organización», en *Por una sociedad ecológica*, Gustavo Gili, Barcelona, 1978); «On Neo-Marxism, Bureaucracy, and the Body Politic», (1978); y «Marxism as Bourgeois Sociology», (1979), todos incluidos en *TES, ob. cit.*; citas de la p. 209 de esta obra.

⁶⁵ Carl Boggs: «The Life and Times of an American Anarchist», en MBPTL y en la colección de la autora. El artículo referenciado en el texto es: «Anarchism: Past and Present», conferencia ofrecida durante el Critical Theory Seminar of the Conference on Marxism and Anarchism (Seminario de Teoría Crítica durante la Conferencia sobre Marxismo y Anarquismo) que tuvo lugar en la Universidad de California en Los Ángeles, el 29 de mayo de 1980; publicado en *Comment*, n.º 6, 1980.

Seabrook en 1978, ahora se estaban convirtiendo en rutilantes famosos y transformando el potencial revolucionario del movimiento antinuclear en un juguete inofensivo. Se hicieron conciertos con el lema «Nucleares No», primero en el Madison Square Garden, después en Battery Park, en los que los músicos hicieron un llamamiento a acabar con la energía nuclear, pero en los que no se hizo mención alguna a la jerarquía, el capitalismo o el Estado-nación. La inmensa audiencia consumía estos espectáculos de manera pasiva, en vez de participar del mensaje y pasar a la acción. La política antinuclear estaba siendo transmutada en conciertos, discos y películas.⁶⁶

Cuando se publicó en *WIN Magazine* el artículo de Bookchin de 1980 «Open Letter», Pete Seeger escribió una refutación al mismo. Los conciertos para recaudar fondos formaban parte de la construcción del movimiento, regañaba a Bookchin; los activistas-animadores simplemente intentaban evitar que «los pobres que puede que aún heredasen la tierra» heredasen «algo más que un simple cubo de basura venenoso». En la réplica, acusó a Murray de ser un purista y un sectario.⁶⁷ A Bookchin no le importaba que se le tachase de purista, dijo en su respuesta, si esa era la etiqueta que se colocaba a aquellos que mantenían un compromiso con el cambio radical. Y que, viniendo de aquellos que estaban «virtualmente disolviendo [sus] principios para poder colaborar con cualquiera», suponía, prácticamente, un cumplido.⁶⁸

Bookchin anhelaba, en contraste con el ecumenismo reinante en aquel momento, el tipo de «sitiado compromiso» e

idealismo social que había marcado a los revolucionarios del pasado. En 1793, Danton había, memorablemente, rugido: «L'audace! L'audace! Encore l'audace!» (¡Audacia, más audacia, siempre audacia!). En contraste con los «supuestos radicales [...] que coquetamente acarrear maletines llenos de memorandos y peticiones de créditos a los lugares donde dan las conferencias». Muchos de ellos se estaban uniendo al partido de Barry Commoner, el Citizens Party, que promulgaba una idea de democracia y medioambientalismo, pero que no era más que un esfuerzo por canalizar los impulsos radicales hacia las sendas más convencionales; como todos los partidos generalistas «ofrecía una golosina a todo el mundo» mientras que dejaba de lado cualquier desafío serio al sistema.⁶⁹

Donde las políticas radicales habían defendido anteriormente un total empoderamiento de los ciudadanos, ahora defendían el empoderamiento de los políticos profesionales en los gobiernos estatales y nacionales; si antes habían defendido las asambleas ciudadanas, ahora recomendaban «la adormecedora quietud de la votación electoral, las tópicas muertes lentas de las campañas de petición»; en vez de la teoría social compleja, su nueva profesión era la de crear pegatinas para eslóganes; en lugar de lanzar demandas revolucionarias, sumisamente pedían reformas insuficientes. La gente ya no quería seguir dedicándose a un proyecto revolucionario que «tal vez requiriera el trabajo y la dedicación de toda una vida». En su lugar, buscaban una satisfacción inmediata y estaban deseosos de rendir sus viejos ideales para obtenerla. De hecho, el mundo de los «políticos veloces» [...] tenía un cercano paralelismo con el mundo de la «comida rápida».⁷⁰

⁶⁶ Murray Bookchin: «Future of the Anti-Nuke Movement», *ob. cit.*, pp. 1-8.

⁶⁷ Murray Bookchin: «Open Letter» que fue publicada como «The Selling of the Ecology Movement», *WIN Magazine*, 15 de septiembre de 1980; la respuesta de Pete Seeger fue publicada en *WIN Magazine*, 1 de diciembre de 1980, y la de Dave McReynolds en *WIN Magazine*, 15 de diciembre de 1980.

⁶⁸ Murray Bookchin, respuesta a Seeger, *WIN Magazine*, 1 de febrero de 1981, p. 33.

⁶⁹ Murray Bookchin: «Introduction», *ob. cit.*, p. 12; «Open Letter», *ob. cit.*; «Statement of Purpose», *Comment*, 14 de enero de 1979, p. 6.

⁷⁰ Murray Bookchin: «Introduction», *ob. cit.*, pp. 11, 20; «Statement of Purpose», *ob. cit.*, p. 5.

Pero, avisaba, la preferencia por el éxito instantáneo y la gratificación inmediata conduce a las soluciones intermedias y a los compromisos. Lleva a escoger el mal menor sobre el bien mayor. Separa la política de la ética. La manera de reunificarlas era hacer lo que habían hecho los antiguos griegos —para los cuales la política estaba infundida de ética—; construir una asamblea democrática, en la cual pudiesen participar en la toma de decisiones todos los ciudadanos adultos, y construir una sociedad humana en la que los medios materiales para la vida fuesen producidos, poseídos y compartidos comunalmente, en función de la necesidad de cada uno.⁷¹

Pese a todo, y entre tanta desilusión, Bookchin encontró formas de continuar con su proyecto. La enseñanza en Ramapo era satisfactoria, Bookchin había desarrollado nuevos cursos sobre utopías urbanas, alternativas a la medicina moderna y filosofía natural. Black Rose publicó sus ensayos de 1970, que fueron aplaudidos en las reseñas ecoanarquistas. *Toward an Ecological Society* supuso, según su protegido John Clark, «una obra de crucial importancia». «Prácticamente cada párrafo está lleno de ideas visionarias», señalaba Bob Long. Bookchin estaba «remodelando las tradiciones emancipatorias de la historia de la humanidad» en formas nuevas y contemporáneas, escribió John Fekete de la Trent University.⁷²

Y, pese a que los proyectos tecnológicos de Karl Hess habían sucumbido al aumento del crimen en la zona, CHARAS aún florecía con fuerza en Nueva York. En 1979, el grupo transformó un abandonado edificio de principios de siglo, que estaba en East Ninth Street, en El Bohio Cultural and Community Centre. Durante las décadas siguientes, el

proyecto sería una fuerza motora de la comunidad en Loisaida.⁷³

Un día de septiembre de 1979, Bookchin abrió el buzón y se encontró con un requerimiento del gobierno de Estados Unidos, en el que se le citaba a testificar en un juicio en Washington. Le llevó un rato averiguar de qué se trataba.

Desde la década de 1950, agentes del FBI habían estado espiando a la izquierda estadounidense, entrando a escondidas y sin orden judicial en las casas de la gente, en busca de evidencias de la comisión de algún delito. En 1972, la Corte Suprema había declarado inconstitucionales estos registros ilegales. Pero, en aquel momento, el FBI había decidido continuar con ellos con el objetivo de coger a la Weather Underground, cuyos miembros colocaban bombas en edificios gubernamentales y corporativos. Pero los miembros de la Weather habían pasado a la clandestinidad, su paradero era desconocido y el departamento de policía no podía encontrarlos. En 1973, los agentes de segundo y tercer grado W. Mark Felt y Edward S. Miller instruyeron a otros agentes para que realizaran operaciones clandestinas, desafiando la sentencia de la Corte Suprema. Estos entraron en las casas de amigos y familiares de los miembros de la Weather, en busca de evidencias de las actividades de los fugitivos.

En febrero de 1973, los agentes habían accedido subrepticiamente al apartamento de Bookchin en el 235 de la Second Avenue y lo habían registrado.⁷⁴ Evidentemente, alguien había proporcionado al FBI información falsa sobre él.

⁷¹ Murray Bookchin: «Introduction», *ob. cit.*

⁷² John Clark: reseña de *The Ecology of Freedom*, *Telos*, n.º 57, otoño de 1983, pp. 226 y ss; Bob Long: «An Important Source for Social Ecologists», incluido en *Synthesis: A Newsletter for Social Ecology*, n.º 8, San Pedro (California), mayo de 1981; John Fekete: «Ecology as Master Concept», *CAUT Bulletin*, diciembre de 1981.

⁷³ Entrevista a Chodorkoff. La antigua escuela era la P. S. 64, en el 605 de East Ninth Street, entre las avenidas B y C.

⁷⁴ «Información desclasificada de la unidad de Inteligencia del Gobierno de EE.UU., sobre las relaciones de la Weather Underground con comunistas y con personas extranjeras, presentadas como evidencia [...] en la vista del caso contra W. Mark Felt y Edward S. Miller», en MBPTL y en la colección de la autora. Para aumentar la confusión, el nombre de Larry Weiss, un miembro de la Weather Underground que figuraba en el sumario, coincidía con el de un colega académico de Murray en Ramapo.



Chino García y el CHARAS ayudaron a que la comunidad hispana del Lower East Side se empoderara cuando el gobierno de la ciudad la abandonó totalmente.

[Foto: Mark Ivins, 1985]

A finales de los setenta, el comité del Senado de Estados Unidos investigó la reanudación ilegal de las acciones encubiertas. El 10 de abril de 1978, el Tribunal Supremo federal acusó a Felt y a Miller de conspiración para violar los derechos constitucionales de ciudadanos estadounidenses, registrando sus domicilios subrepticamente y sin orden judicial. Los dos directores del FBI fueron juzgados en una corte de distrito de Estados Unidos en Washington. El fiscal especial, John Nields, citó a Bookchin para que testificase en favor de la fiscalía.⁷⁵

El 22 de septiembre de 1980, Bookchin entró en la corte federal. Tuvo que pasar frente a cientos de miembros del FBI que, alineados en formación militar, le miraban ceñudamente,

mostrando así lealtad a sus dos jefes. Cuando subió al estrado, los abogados defensores de Felt y Miller hicieron una exposición y mostraron tanto material que se le pusieron de punta todos los pelos del cuerpo, enseñaron fotos personales y todo tipo de papeles políticos: la lista de correo de *Anarchos*, la agenda con direcciones que había recopilado en Europa en 1967, con información de contactos con los expatriados españoles, su lista de contactos de la conferencia del SDS en Chicago en 1969, donde naciera la Weather Underground y mucho más. Esta última era la que se presentaba como evidencia convincente de su conexión con la gente de la Weather.

Pero Bookchin replicó con calma: «Todas esas facciones eran marxistas, leninistas y creo que maoístas».⁷⁶ Su propia facción, la Radical Decentralist Caucus, «era totalmente contraria a ellos». Los abogados de la defensa, desconocedores de las diferencias entre anarquistas y marxistas, se vieron tomados por sorpresa. «¿Está usted diciendo —preguntó uno de ellos— que la gente que hay en esta lista, y que asistieron al *caucus*, no sería la gente afiliada o que apoyara al RYM1 o a la facción Weathermen en el SDS?» Bookchin replicó: «Yo supongo que no lo eran, porque si era así, estaban en la facción equivocada».

«Pero mire aquí —le dijo un desconcertado abogado—. Su denominada lista anarquista contiene el nombre de Jeff Jones. Y Jeff Jones, como todos sabemos, acabó siendo el líder de la Weather Underground.»

Bookchin replicó que había dos personas llamadas Jeff Jones. El que aparecía en su lista vivía en Austin y era un líder estudiantil de la Universidad de Texas. «No es [...] el Jeff Jones que habitualmente se asociaba con los Weatherman.»

Un abogado de la defensa le hizo más preguntas sobre personas de la Weather. ¿Alguna vez había estado en alguna reunión con Cathy Wilkerson o Kathy Boudin? («Nunca

⁷⁵ El caso se recoge como «United States v. W. Mark Felt y Edward S. Miller, US District Court, Washington DC, Sept. 1980», transcripción recogida en la colección de la autora y en el MBPTL.

⁷⁶ Las citas de este párrafo son de la transcripción anterior, pp. 1776-1806.

estuve en ninguna reunión de los Weatherman o del Weather Bureau, o como fuera que hubiesen decidido llamarse.») ¿Estuvo alguna vez en un encuentro al que acudiese Mark Rudd? («¡Diablos no! —perdón, siento la expresión—.») ¿Conoce a Leival Bergman? («¿El qué?»)

Después de esto, le interrogó un abogado del Estado.

—*¿Es cierto que usted no es amigo ni familiar de ningún fugitivo de los Weatherman?*

—*Sí —contestó él—.*

—*La acusación en este caso alega que usted es un familiar o que actúa en conveniencia con un fugitivo de la Weatherman; esto es totalmente falso, ¿no es así?*

—*Yo afirmaré eso —replicó Murray—.*

Al otro lado de la sala, los ojos de John Nields se llenaron de lágrimas.

¿Había escrito alguna vez sobre los Weatherman? Murray dijo que no, pero que había escrito a menudo contra el marxismo, que era la ideología de ellos. Su *¡Escucha, marxista!* era «vehementemente antimarxista, antileninista y antimaoísta».

—*Señor Bookchin, ¿sus ideas sobre este tema eran bien conocidas en la comunidad, entre 1972 y principios de 1973?*

—*Sí, conocidas de sobra.*

—*No tengo más preguntas, señorita.*

A Nields ya se le caían las lágrimas de alegría, el juicio acababa de comenzar y el caso de la defensa estaba en ruinas. Durante el descanso, un abogado de la defensa fue hacia los abogados del Estado y les felicitó por su buen trabajo.⁷⁷

⁷⁷ Para más información sobre el testimonio de Bookchin, véase Gre-

Bookchin regresó a Burlington y el juicio continuó durante unas semanas. Cinco antiguos fiscales generales, así como el anterior presidente Nixon, testificaron a favor de Felt y Miller.⁷⁸ El 6 de noviembre, el jurado devolvió su veredicto. Felt y Miller eran culpables de violar los derechos constitucionales de los ciudadanos. Fue una victoria para la Cuarta Enmienda y el Bill of Rights (Carta de Derechos). Nields le dijo a Bookchin que su testimonio había sido clave para obtener aquel veredicto.



Durante el curso de verano del ISE de 1980, el estudiante Leo Chaput construyó un sistema de calefacción solar que podía calentar una casa y un sistema de acuicultura. Introducir algas en el sistema de agua la hacía volverse de color verde oscuro, lo que aumentaba su capacidad de absorción del calor, lo que la volvía suficientemente caliente como para mantener peces. Crió peces y utilizó sus desechos para fertilizar los huertos. Crió lombrices para alimentar a los peces, en un medio que contenía excrementos de conejos, y crió los conejos y cultivó la comida de los conejos en el invernadero solar. «Todo está interconectado», le explicaba a un entrevistador.⁷⁹ Mientras tanto,

gory Gordon: «Prosecution Witnesses Testify at FBI Trial», UPI, 27 de septiembre de 1980; «Professor Testifies at FBI Trial», UPI, 27 de septiembre de 1980.

⁷⁸ Laura A. Kiernan: «Weatherman Link to Foreign Power Held a “Judgment Call”», *Washington Post*, 20 de septiembre de 1980; Laura A. Kiernan: «Weatherman Prober Grilled by Prosecution», *Washington Post*, 25 de septiembre de 1980; Robert Pear: «Testimony by Nixon Heard in FBI Trial», *The New York Times*, 30 de octubre de 1980. El 15 de abril, el recién elegido presidente, Ronald Reagan, emitió un indulto para los dos directores del FBI condenados.

⁷⁹ El programa de 1980 duró del 2 de junio al 22 de agosto. Murray aún era el director del centro y enseñaba ecología social; los profesores invitados fueron Peter Barry Chowka, Eugene Eccli, Karl Hess, Richard Merrill (del New Alchemy Institute West), la antropóloga femi-

Bookchin mantuvo claros los objetivos de la ecología social. No tenía que ver sólo con la tecnología; tenía que ver con acabar con la dominación sobre la naturaleza, librándose de la dominación de los humanos sobre los humanos.

Para entonces, hacía varios años que Ynestra King impartía sus clases sobre «Mujer y ecología» en el ISE, en las que presentaba una versión del feminismo cultural conocido como «ecofeminismo» (término inventado por Bookchin). Según el ecofeminismo, la dominación de la mujer está conectada con la dominación ecológica del planeta. La sociedad patriarcal que menosprecia a la mujer es la misma que ha provocado la lluvia radioactiva y el calentamiento global. Sorprendentemente, el patriarcado menosprecia a la mujer calificándola en términos de naturaleza: se la califica como de «más cercana a la naturaleza» que los hombres, más «natural», menos racional y multitud de adjetivos similares. En la era de la resistencia ecológica, las ecofeministas decidieron remodelar las degradantes analogías patriarcales entre mujer y naturaleza y ponerlas bajo una nueva y positiva luz, y presentar a la mujer como ecológicamente sabia. La empatía, compasión, el pacifismo —cualidades asociadas con las mujeres— eran necesariamente parte de la solución a la crisis ecológica, argumentaban las feministas. Decían que si las mujeres son más «naturales» que los hombres, esto no supone un defecto sino que es una gran ayuda porque significa que pueden mediar en el regreso de nuestra sociedad a la naturaleza. La perpetuación de estereotipos de género podría ser problemática,

nista Rayna Reiter, Lee Swenson (de Farallones), John Todd y Nancy Jack Todd (de New Alchemy), entre otros. Los anuncios del curso del ISE se colocaron en *Mother Jones*, abril de 1980; archivo de Robert Palmer, cortesía de Bob Erler. Véase también «Goddard College's Roots Deep in Vermont History», *BFP*, 4 de septiembre de 1980. Sobre las instalaciones solares y eólicas, véase Gloria Goldberg: «Three Techniques», *ob. cit.*, pp. III-8; Major y Miles: «Institute for Social Ecology»; sobre Leo Chaput, véase Neil Davis: «Social Institute Could Survive Goddard», *BFP*, 25 de enero de 1981, 1.^a.

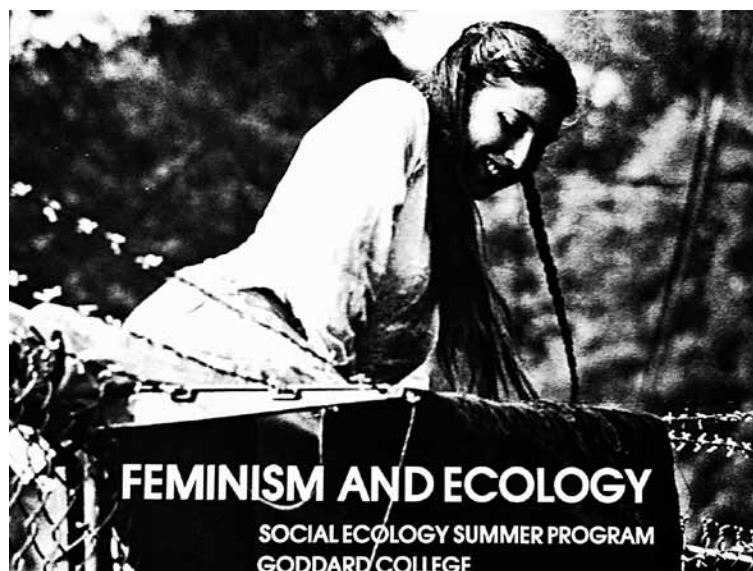
pero King y otras ecofeministas abogaban por asumir este imaginario con propósitos políticos.⁸⁰

En marzo de 1980, King y sus compañeras se unieron para formar el colectivo Women for Life on Earth, con el que oponerse a la energía nuclear y a las armas nucleares. Identificando la guerra como masculina y el patriarcado como militarista, argumentaban que las mujeres tenían fuertes lazos e intereses en la consecución de la paz. El 17 de noviembre de 1980, dos mil activistas mujeres se reunieron en Washington para realizar una acción en cuatro fases llamada Women's Pentagon Action;⁸¹ el Pentágono, decían en su declaración, «es el lugar de trabajo del poder imperial que nos amenaza a todos». Utilizando grandes marionetas y lápidas de cartón, e hilo de colores, golpeando latas y cantando «Quitate los juguetes a los niños», rodearon el Pentágono, enlazadas por sus manos y entonando canciones de paz.⁸²

⁸⁰ Ynestra King: «Toward an Ecological Feminism», en Judith Plant (ed.): *Healing the Wounds: The Promise of Ecofeminism*, New Society, Gabriola Island, 1989, p. 23.

⁸¹ Cuatro marionetas con figuras femeninas condujeron a unas dos mil mujeres en una marcha desde el cementerio de Arlington hasta el Pentágono. Al llegar al Pentágono, y después de rodearlo para realizar un ritual colectivo de duelo, protesta y desafío, retejieron simbólicamente la red de la vida. Unas ciento cuarenta mujeres fueron arrestadas por bloquear dos de las puertas. En la vista ante el juez, la mayor parte de las detenidas se negaron a contestar a las preguntas por lo que fueron inmediatamente sentenciadas a diez días de prisión, las que no tenían condenas previas, y a hasta treinta días las que sí tenían antecedentes. Treinta y cuatro de las reincidentes recibieron condenas más largas y, encadenadas de manos, pies y cintura, fueron enviadas a una prisión federal de mujeres a 300 kilómetros. Para más información, véanse Laurie L. Weinstein: *Gender Camouflage: Women and the US Military*, New York University Press, Nueva York, 1999; Harriet Hyman Alonso: *The Women's Peace Union and the Outlawry of War, 1921-1942*, Syracuse University Press, Siracusa (Nueva York), 1997; entre muchas otras, pueden consultarse las páginas en línea: bit.ly/2eRxZeg, bit.ly/2feS2Sm. (*N. de la T.*)

⁸² La conferencia sobre «Women and Life on Earth: A Conference on Eco-Feminism in the 1980s» se realizó en la Universidad de Massa-



Cartel del seminario sobre «Mujer y ecología», uno de los programas más populares del ISE a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980.

[Fuente: Goddard College Archives]

Con su desafiante energía radical y su imaginativo simbolismo, el ecofeminismo impresionó a Bookchin. Sus defensoras, decía, se encontraban ahora «en la primera línea del antimilitarismo, así como de la actividad ecologista», al exigir el fin de las jerarquías y la dominación en todas sus vertientes. Si el ecofeminismo se fusionase con el movimiento anarquista,

chusetts en Amherst, durante marzo de 1980. Unas seiscientas mujeres activistas antinucleares debatieron sobre los vínculos entre militarismo y patriarcado. Véanse Rosemary Skinner Keller, Rosemary Radford Reuther y Marie Cantion: *Encyclopedia of Women and Religion in North America*, Indiana University Press, Bloomington, 2006, vol. 3, p. 1057; Harriet Hyman Alonso: *Peace as a Women's Issue: A History of the us Movement for World Peace and Women's Rights*, Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York, 1993; Barbara Epstein: *Political Protest*, *ob. cit.*

pensaba, podría «dar lugar a una de las décadas más excitantes y liberadoras de nuestro siglo».⁸³

Pero ¿a qué movimiento anarquista? Puesto que no existía ninguna organización dedicada al ecoanarquismo, Bookchin decidió crear una, con el amplio objetivo de erradicar la jerarquía y la dominación. Durante el verano de 1980, él y varios grupos de afinidad del norte de Vermont invitaron a otros colectivos de la zona a unirse a ellos en la creación de la New England Anarchist Conference (NEAC). De nuevo se proponía una organización por grupos de afinidad, en la que las decisiones se tomaran de la base hacia arriba. Se centraría en la creación de «empoderamiento personal y colectivo» a escala local, para que cuando el movimiento fuese creciendo en miembros y fuerza, los ciudadanos tuvieran ya la experiencia y conciencia necesarias para gestionar sus propias comunidades mediante asambleas populares, lo que conduciría a «una sociedad auténticamente democrática y horizontal».⁸⁴

A estas alturas, Bookchin recelaba de los movimientos en los que sus miembros no tenían conocimiento de la teoría social y la historia radicales. Había visto que el SDS perdía sus amares cuando los jipis, hasta entonces apolíticos, desembarcaban en él; y también que el movimiento antinuclear, una vez popularizado, se había transformado en una serie de ferias energéticas alternativas y conciertos de rock. Para él, el movimiento que generase el NEAC podría mantenerse en dimensiones reducidas, al menos en sus comienzos: para él, la cantidad de miembros era menos importante que su calidad como activistas y maestros. De hecho, prefería activamente un grupo pequeño a un gran movimiento, ya que solo miembros que

⁸³. Murray Bookchin: «New Social Movements: The Anarchic Dimension», en David Goodway (ed.): *For Anarchism: History, Theory and Practice*, Routledge, Nueva York, 1989, p. 266; «Open Letter», *ob. cit.*, p. 82.

⁸⁴. «NEAC Manifesto», recogido en «Anarchists Unfurl the Black and Green», *Open Road*, verano de 1981, p. 13.

estuviesen comprometidos y tuviesen un bagaje político serían capaces de hacer que la historia diese un paso a delante.⁸⁵

Más de ciento setenta y cinco anarquistas de Nueva Inglaterra, Nueva York, Nueva Jersey y Quebec asistieron a la conferencia fundacional de la NEAC, que tuvo lugar entre el 17 y el 19 de octubre de 1980 en Goddard. Debatieron acerca del anarquismo en relación con la ecología, el feminismo, el militarismo y las alternativas urbanas, y adoptaron la estructura propuesta y el manifiesto presentado. Era un comienzo prometedor. En enero de 1981, se reunió la segunda conferencia del NEAC, en Somerville, Massachusetts, pero la discusión demostró que no estaban a la altura como para poder crear un movimiento. Sus 125 miembros «se perdieron en el debate sobre identidades políticas», en palabras de Brian Tokar. Bookchin debería buscar en otro lugar para encontrar el tipo de activistas formados necesarios para crear el movimiento que tenía en mente.⁸⁶

Al acabar el curso de verano del ISE de 1980, Bookchin dimitió como director, alegando que ya había tenido que lidiar suficiente con la administración de Goddard y que quería más tiempo para escribir. Dan Chodorkoff, que para entonces había obtenido su doctorado en Antropología Cultural en la New School, recogió el testigo.

En aquella época, Goddard estaba atravesado serias dificultades económicas. Una de las razones era la menor afluencia de personas que acudían a los cursos porque, para entonces, aquel tipo de estudios, autodiseñados y autogestionados en los que Goddard había sido pionera, podían, ya en 1980, encontrarse en otras escuelas a menor precio. Pero la escuela también había gestionado mal sus finanzas y tenía un millón de dólares de deuda y el banco amenazaba



Dan Chodorkoff, cofundador del Instituto de Ecología Social junto con Murray Bookchin, tras convertirse en su director en 1980.

[Foto: Mark Ivins, 1985]

con embargar a no ser que se produjera un equilibrio en los presupuestos. Se difundió el rumor de que la escuela iba a perder su acreditación.⁸⁷

Sin embargo, el ISE en sí continuaba pujando fuerte y creciendo. Bookchin afirmaba frente a un reportero: «No hay nada como esto en el mundo». El ISE «había sido imitado», convenía Chodorkoff, pero «nunca ha sido realmente igualado». Si Goddard se hundía, el ISE podría continuar; era su proyecto rentable. Tal vez podría, incluso, llegar a comprar Cate

⁸⁵. «Policy Statement Resolves» (sin firmar), c. 1981, manuscrito inédito n.º 4, en el MBPTL y en la colección de la autora.

⁸⁶. Brian Tokar a la autora, 30 de junio de 2009.

⁸⁷. Marilyn Adams: «Goddard College Struggles to Survive», *BFP*, 4 de enero de 1981, 1B. Hay algunas voces que afirman que Goddard, en realidad, tenía tres millones en deuda; por ejemplo, Susan Green: «Goddard's Rebound», *BFP*, 14 de octubre de 1982, D1.

Farm y establecer un programa de aprendizaje y residencia allí.⁸⁸ En diciembre de 1980, Chodorkoff le hizo saber a Goddard que el ISE estaba interesado en comprar Cate Farm y comenzaron las negociaciones. A principios de 1981, Goddard cayó en bancarrota. En mayo, suspendieron su acreditación como centro de enseñanza. Así que los miembros del consejo tuvieron que apretar los dientes y actuar: vendieron sus programas externos a una universidad cercana, despidieron a la mayor parte de los profesores y del personal, y redujeron en un 80% el número de estudiantes. Y decidieron vender parte de las 180 hectáreas de las que disponían.⁸⁹

El ISE negoció con el banco para lograr una hipoteca, pero a mitad de la negociación, Goddard decidió repentinamente que el tipo de interés era demasiado elevado y acabó con la transacción. En lugar de vendérsela al ISE, puso a la venta Cate Farm junto con otras parcelas del terreno. Esto obligó a cancelar el programa de verano de 1981 del ISE, dos semanas antes de su comienzo. Incautaron el equipamiento del ISE y clausuraron los edificios y el resto de las estructuras.

Anonadado, el equipo del ISE pidió a un amigo rico que comprase Cate Farm y que se la traspasase a ellos. El comprador estuvo de acuerdo y, en septiembre de 1981, su grupo obtuvo un descuento del 10% del precio. Pero, una vez realizada la venta, ignoró el acuerdo con el ISE y estableció una granja privada en el terreno.⁹⁰

El 30 de septiembre de 1980, el ISE tuvo que despedirse de los paneles solares, de la Sunhouse, del domo geodésico, los molinos de viento, las composteras, el deshidratador de alimentos solar y el termosifón de paneles eólicos, desgarrándose

con ello el corazón del colectivo radical.⁹¹ El ISE dijo adiós a Cate Farm, a las montañas y a la sauna natural. No tenía hogar, se había convertido en un sin techo.



De la ideología de insurgencia proletaria de la YCL de la década de 1930 a la teoría de la retrogresión de Weber en los cincuenta y al movimiento juvenil revolucionario de 1968-1969, los marxistas habían continuado prediciendo que el fin del capitalismo en el industrializado Occidente era inminente. Pero, echando una mirada retrospectiva, ya en 1980, Bookchin confirmaba que lo único que había hecho el capitalismo durante aquellos años había sido consolidarse. Lejos de colapsar debido a alguna contradicción interna, y lejos de ser derribado por algún movimiento de masas de los oprimidos, el capitalismo había florecido, crecido explosivamente, incluso globalmente. Había burlado todas las predicciones que los marxistas habían lanzado desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Ahora estaba tan consolidado que se había convertido en mucho más que una economía, se había convertido tanto social como psicológicamente en un «hecho».⁹²

Siendo esta la situación, Bookchin debía admitir que también la era revolucionaria había llegado, casi con toda seguridad, a su fin; aquella era de la revolución proletaria que había comenzado con las barricadas de junio de 1848, continuado con la Revolución bolchevique en 1917 y alcanzado su cénit con la mayor de todas ellas, la Revolución española de 1936. Pero que había acabado en las barricadas de Barcelona en 1937, «la última gran confrontación de todas ellas».⁹³ La de Castro

⁸⁸. Neil Davis: «Social Institute Could Survive Goddard», *BFP*, 25 de enero de 1981, 1A.

⁸⁹. Gloria Goldberg: «Three Techniques», *ob. cit.*, pp. III-6; Norma Jane Skjold: «Goddard Barely Survives the Eighties», *Vermont Vanguard Press*, del 4 al 11 de septiembre de 1981.

⁹⁰. Gloria Goldberg: «Three Techniques», *ob. cit.*, p. III-18.

⁹¹. David Goska: «Graduates Experiment in Farming», *BFP*, 7 de febrero de 1982.

⁹². Murray Bookchin: «Were We Wrong?», *Telos*, n.º 65, otoño de 1985, p. 63.

⁹³. Murray Bookchin: «Reflections on Spanish Anarchism», *Our Generation*, vol. 10, n.º 1, 1974, p. 24.

en Cuba, Mao en China o Ho en Vietnam, tan admiradas por la izquierda, habían sido revoluciones campesinas con objetivos modernizadores, no habían sido revoluciones proletarias que buscasen el socialismo. Los alzamientos de los sesenta habían sido furiosos y turbulentos, pero no habían sido movimientos genuinamente revolucionarios. Durante la década de los setenta, las revelaciones sobre los baños de sangre cometidos por los marxistas en China, Camboya y en el resto de lugares habían redefinido la revolución de un hecho potencialmente liberador a sorprendentemente catastrófico. Pero el mayor profanador de lo revolucionario continuaba siendo Stalin, quien había transformado la idea misma de revolución en un concepto temible, sinónimo de dictadura, asesinatos y gulags. La bandera roja había sido «más manchada por la sangre de sus propios defensores revolucionarios que por la de sus reaccionarios oponentes».⁹⁴

Pero, pese a su triunfo, el capitalismo continuó carcomiendo la biosfera, minando los cimientos de la vida en el planeta. Continuó explotando a los trabajadores y colándose en todos los aspectos de la vida social, mercantilizando incluso las relaciones interpersonales y la estructuración del carácter humano, degradando a las personas de activos ciudadanos en sus comunidades a consumidores aislados. La elección de Ronald Reagan en noviembre de aquel año selló el triunfo del individualismo como ideología nacional. Nada que requiriese de la acción o de la conciencia colectiva —sin hablar del medioambientalismo y todavía menos de la ecología social— estaría en la agenda política a corto plazo.

Bookchin se consolaba con el hecho de que su propio fracaso a la hora de crear un movimiento de ecología social, llegados a

este punto, no hubiese permitido negar el problema que tenían entre manos ni había invalidado la ecología social como idea. «Estar en minoría no es necesariamente una prueba de la futilidad de una idea.» Al contrario, una sociedad ecológica, comunal, a escala humana seguía siendo tan necesaria como lo había sido hasta entonces para impedir la catástrofe ecológica, independientemente de las circunstancias.

Al contrario de lo asumido por las anteriores generaciones de radicales, él afirmaba que el capitalismo no perecería debido a contradicciones internas. Si debe morir, lo hará sólo «como un cáncer», es decir, únicamente cuando haya crecido fuera de control, como un tumor «destruyendo a su huésped», siendo su «huésped», en este caso, la sociedad y la biosfera. Y, cuando perezca, arrastrará con él lo que quede de la humanidad y, probablemente, a la mayor parte de las especies.

La única alternativa posible era que surgiese un movimiento ecoanarquista que pudiera «corroerlo, debilitarlo y ahuecarlo» mediante la concienciación de la humanidad del peligro social y ecológico al que se enfrentaba, haciendo así que la mayoría de la gente decidiera actuar y crear una sociedad racional, ecológica y descentralizada.⁹⁵

Pero el fin de la era revolucionaria había privado a la ecología social de la tradición activista de la que, pensaba Bookchin, dependía la ecología social. Frente a dicha certeza, él sabía que debía «morar en los márgenes de la experiencia y la práctica», y hacerlo lo mejor que pudiera en ese espacio, «incluso cuando parezca que el centro ha triunfado». Le decía a la gente que «él era uno de esos caracteres que vivían en la cara oculta de la Luna».⁹⁶

En los márgenes, aún podía demandar lo imposible, exigir la utopía. Y, liberado por el desarrollo de los acontecimientos,

⁹⁴ Murray Bookchin: «1984 and the Specter of Dememorization», en Marsha Hewitt y Dimitri Roussopoulos (eds.): *1984 and After*, Black Rose Books, Montreal, 1984, p. 36. Véase también «Between the Thirties and the Sixties», en Sonia Sayres *et al.* (eds.): *Sixties without Apology*, University of Minnesota Press, Mineápolis, 1984.

⁹⁵ Murray Bookchin: «Were We Wrong?», *ob. cit.*, pp. 70-71.

⁹⁶ Murray Bookchin: «Utopianism and Futurism» (1979), en *TES*, *ob. cit.*, p. 277; «Cities: Salvaging the Parts», *Planet Drum*, vol. 1, n.º 3, 1979, p. 13.

no necesitaba disculparse por ello. También se consoló con una cita de *El dieciocho Brumario* de Marx: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen como les place; no la hacen en las circunstancias escogidas por ellos».

Aun así, silenciosamente, fue introduciendo un cambio sutil en su forma de escribir. En el pasado, a menudo había distinguido entre *lo que es* y *lo que podría ser*. La frase *lo que podría ser* implicaba una posibilidad de un logro en la práctica, pero a partir de entonces ya no utilizaría dicha diferenciación. En su lugar, la reemplazó por *lo que debería ser*, un posicionamiento moral que no hacía referencia a su posibilidad práctica. Vivir en los márgenes conllevaba escribir en subjuntivo.